

L. Frank Baum



Vida y Aventuras
de Santa Claus

E LEJANDRIA

L. Frank Baum



Vida y Aventuras
de Santa Claus

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

VIDA Y AVENTURAS DE SANTA CLAUS

L. FRANK BAUM

PUBLICADO: 1902
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

VIDA Y AVENTURAS DE SANTA CLAUS

JUVENTUD

1. BURZEE

¿Has oído hablar del gran Bosque de Burzee? Mi nodriza solía cantarme sobre él cuando yo era niño. Cantaba sobre los grandes troncos de los árboles, erguidos muy juntos, con sus raíces entrelazándose bajo la tierra y sus ramas entrelazándose sobre ella; sobre su áspera corteza y sus extrañas y retorcidas extremidades; sobre el frondoso follaje que techaba el bosque entero, salvo donde los rayos del sol encontraban un sendero por el cual tocar el suelo en pequeños puntos y proyectar sombras extrañas y curiosas sobre los musgos, los líquenes y los montículos de hojas secas.

El Bosque de Burzee es poderoso, grandioso e imponente para aquellos que se deslizan bajo su sombra. Al llegar desde los prados

iluminados por el sol hacia sus laberintos, parece al principio sombrío, luego agradable y, después, lleno de deleites interminables.

Durante cientos de años ha florecido en toda su magnificencia, con el silencio de su recinto ininterrumpido salvo por el chirrido de las hacendosas ardillas, el gruñido de las bestias salvajes y los cantos de los pájaros.

Sin embargo, Burzee tiene sus habitantes, a pesar de todo. La Naturaleza lo pobló en el principio con Hadas, Knooks, Ryls y Ninfas. Mientras el Bosque permanezca en pie, será un hogar, un refugio y un patio de recreo para estos dulces inmortales, que se deleitan sin ser molestados en sus profundidades.

La civilización nunca ha llegado todavía a Burzee. ¿Lo hará alguna vez, me pregunto?

2. LA NIÑA DEL BOSQUE

Una vez, hace tanto tiempo que nuestros bisabuelos apenas podrían haber oído mencionarlo, vivía dentro del gran Bosque de Burzee una ninfa del bosque llamada Necile. Estaba estrechamente emparentada con la poderosa Reina Zurline, y su hogar se hallaba bajo la sombra de un roble de amplias ramas. Una vez al año, en el Día de los Brotes, cuando los árboles echaban sus nuevos capullos, Necile sostenía el Cáliz Dorado de Ak ante los labios de la Reina, quien bebía de él por la prosperidad del Bosque. Así que, como veis, era una ninfa de cierta importancia y, además, se dice que era muy estimada por su belleza y gracia.

Cuándo fue creada, ella no podría haberlo dicho; la Reina Zurline no podría haberlo dicho; el gran Ak mismo no podría haberlo dicho. Fue hace mucho tiempo, cuando el mundo era nuevo y se necesitaban ninfas para vigilar los bosques y atender las necesidades de los árboles jóvenes. Entonces, en algún día no recordado, Necile brotó a la existencia; radiante, encantadora, recta y esbelta como el retoño que fue creada para cuidar.

Su cabello era del color que recubre el interior de un erizo de castaña; sus ojos eran azules bajo la luz del sol y púrpuras en la sombra; sus mejillas florecían con el rosa pálido que bordea las nubes al atardecer; sus labios eran de un rojo pleno, carnosos y dulces. Como vestimenta adoptó el verde de la hoja de roble; todas las ninfas del bosque visten de ese color y no conocen otro tan deseable. Sus delicados pies calzaban sandalias, mientras que su cabeza permanecía desprovista de otra cubierta que no fueran sus sedosos cabellos.

Los deberes de Necile eran pocos y sencillos. Impedía que las malas hierbas crecieran bajo sus árboles y minaran el alimento de la tierra requerido por sus protegidos. Ahuyentaba a los Gadgols, quienes sentían un perverso deleite al volar contra los troncos de los árboles y herirlos de tal modo que languidecían y morían por el contacto venenoso. En las estaciones secas, traía agua de los arroyos y charcas y humedecía las raíces de sus sedientos dependientes.

Eso fue al principio. Las malas hierbas ya habían aprendido a evitar los bosques donde moraban las ninfas; los repugnantes Gadgols ya no se atrevían a acercarse; los árboles se habían vuelto viejos y robustos y podían soportar la sequía mejor que cuando estaban recién brotados. Así que los deberes de Necile disminuyeron, y el tiempo se volvió lento, mientras los años sucesivos se hacían más tediosos y carentes de acontecimientos de lo que al espíritu alegre de la ninfa le gustaba.

Verdaderamente, a los habitantes del bosque no les faltaba diversión. Cada luna llena bailaban en el Círculo Real de la Reina.

Estaban también la Fiesta de las Nueces, el Jubileo de los tintes de Otoño, la solemne ceremonia de la Caída de la Hoja y el regocijo del Día de los Brotes. Pero estos periodos de disfrute estaban muy distanciados y dejaban muchas horas de hastío entremedias.

Que una ninfa del bosque se sintiera descontenta era algo impensable para las hermanas de Necile. Le sobrevino solo tras muchos años de cavilaciones. Pero una vez que se hubo asentado en su mente que la vida era fastidiosa, no tuvo paciencia con su condición y anheló hacer algo de interés real y pasar sus días de formas hasta entonces nunca soñadas por las ninfas del bosque. Solo la Ley del Bosque la refrenaba de salir en busca de aventuras.

Mientras este estado de ánimo pesaba sobre la bella Necile, sucedió que el gran Ak visitó el Bosque de Burzee y permitió a las ninfas del bosque —como era su costumbre— yacer a sus pies y escuchar las palabras de sabiduría que caían de sus labios. Ak es el Maestro Leñador del mundo; él lo ve todo y sabe más que los hijos de los hombres.

Aquella noche sostuvo la mano de la Reina, pues amaba a las ninfas como un padre ama a sus hijos; y Necile yacía a sus pies con muchas de sus hermanas y escuchaba atentamente mientras él hablaba.

—Vivimos tan felices, mis hermosas, en nuestros claros del bosque —dijo Ak, acariciando su barba gris pensativamente—, que no sabemos nada de la pena y la miseria que recaen sobre esos pobres mortales que habitan los espacios abiertos de la tierra. No son de nuestra raza, es cierto, pero la compasión sienta bien a seres tan bellamente favorecidos como nosotros. A menudo, al pasar junto a la morada de algún mortal sufriente, me siento tentado a detenerme y desterrar la miseria de la pobre criatura. Sin embargo, el sufrimiento, con moderación, es el destino natural de los mortales, y no nos corresponde interferir con las leyes de la Naturaleza.

—No obstante —dijo la bella Reina, asintiendo con su cabeza dorada hacia el Maestro Leñador—, no sería una vana suposición

decir que Ak ha ayudado a menudo a estos desventurados mortales.

Ak sonrió.

—A veces —respondió—, cuando son muy jóvenes —"niños", los llaman los mortales— me he detenido para rescatarlos de la miseria. Con los hombres y mujeres no me atrevo a interferir; deben soportar las cargas que la Naturaleza les ha impuesto. Pero los infantes indefensos, los hijos inocentes de los hombres, tienen derecho a ser felices hasta que se conviertan en adultos y sean capaces de soportar las pruebas de la humanidad. Así que siento que estoy justificado al ayudarlos. No hace mucho —un año, tal vez— encontré a cuatro pobres niños acurrucados en una cabaña de madera, congelándose lentamente hasta morir. Sus padres habían ido a un pueblo vecino por comida y habían dejado un fuego para calentar a sus pequeños mientras estaban ausentes. Pero se levantó una tormenta que acumuló la nieve en su camino, por lo que tardaron mucho en la carretera. Mientras tanto, el fuego se apagó y la escarcha se coló en los huesos de los niños que esperaban.

—¡Pobres criaturas! —murmuró la Reina suavemente—. ¿Qué hiciste?

—Llamé a Nelko, ordenándole que trajera madera de mis bosques y soplara sobre ella hasta que el fuego ardiera de nuevo y calentara la pequeña habitación donde yacían los niños. Entonces dejaron de temblar y se quedaron dormidos hasta que llegaron sus padres.

—Me alegra que hicieras eso —dijo la buena Reina, sonriendo al Maestro; y Necile, que había escuchado con avidez cada palabra, hizo eco en un susurro:

—¡Yo también me alegro!

—Y esta misma noche —continuó Ak—, al llegar al borde de Burzee, oí un llanto débil, que juzgué provenía de un infante humano. Miré a mi alrededor y encontré, cerca del bosque, a un bebé indefenso, yaciendo completamente desnudo sobre las hierbas y gimiendo lastimosamente. No muy lejos, oculta por el bosque, se

agazapaba Shiegra, la leona, con la intención de devorar al infante para su cena.

—¿Y qué hiciste, Ak? —preguntó la Reina, sin aliento.

—No mucho, pues tenía prisa por saludar a mis ninfas. Pero ordené a Shiegra que se tumbara cerca del bebé y le diera su leche para calmar su hambre. Y le dije que enviara aviso por todo el bosque, a todas las bestias y reptiles, de que el niño no debía ser dañado.

—Me alegra que hicieras eso —dijo la buena Reina de nuevo, con un tono de alivio; pero esta vez Necile no hizo eco de sus palabras, pues la ninfa, llena de una extraña resolución, se había escabullido repentinamente del grupo.

Velozmente, su forma ágil se lanzó a través de los senderos del bosque hasta alcanzar el borde del poderoso Burzee, donde se detuvo para mirar con curiosidad a su alrededor. Nunca hasta ahora se había aventurado tan lejos, pues la Ley del Bosque había situado a las ninfas en sus profundidades más recónditas.

Necile sabía que estaba rompiendo la Ley, pero el pensamiento no detuvo sus delicados pies. Había decidido ver con sus propios ojos a este infante del que Ak había hablado, pues nunca había contemplado aún a un hijo del hombre. Todos los inmortales son adultos; no hay niños entre ellos. Mirando a través de los árboles, Necile vio al niño yaciendo en la hierba. Pero ahora dormía dulcemente, habiendo sido consolado por la leche extraída de Shiegra. No tenía edad suficiente para saber qué significa el peligro; si no sentía hambre, estaba contento.

Suavemente, la ninfa se deslizó al lado del bebé y se arrodilló sobre el césped, con su larga túnica de color hoja de rosa extendiéndose a su alrededor como una nube de gasa. Su hermoso semblante expresaba curiosidad y sorpresa, pero, sobre todo, una tierna piedad de mujer. El bebé era recién nacido, regordete y rosado. Estaba completamente indefenso. Mientras la ninfa miraba, el infante abrió los ojos, le sonrió y extendió dos brazos llenos de

hoyuelos. En otro instante, Necile lo había estrechado contra su pecho y corría con él a través de los senderos del bosque.

3. LA ADOPCIÓN

El Maestro Leñador se levantó repentinamente, con el ceño fruncido.

—Hay una presencia extraña en el Bosque —declaró.

Entonces la Reina y sus ninfas se volvieron y vieron de pie ante ellas a Necile, con el infante dormido apretado fuertemente en sus brazos y una mirada desafiante en sus profundos ojos azules.

Y así permanecieron por un momento, las ninfas llenas de sorpresa y consternación, pero el ceño del Maestro Leñador despejándose gradualmente mientras miraba intensamente a la hermosa inmortal que había roto la Ley intencionadamente. Entonces el gran Ak, para asombro de todos, puso su mano suavemente sobre los cabellos sueltos de Necile y la besó en su hermosa frente.

—Por primera vez en mi conocimiento —dijo él, gentilmente—, una ninfa me ha desafiado a mí y a mis leyes; sin embargo, en mi corazón no encuentro palabra de reprensión. ¿Cuál es tu deseo, Necile?

—¡Déjame quedarme con el niño! —respondió ella, comenzando a temblar y cayendo de rodillas en súplica.

—¿Aquí, en el Bosque de Burzee, donde la raza humana nunca ha penetrado todavía? —cuestionó Ak.

—Aquí, en el Bosque de Burzee —replicó la ninfa, audazmente—. Es mi hogar, y estoy cansada por falta de ocupación. ¡Déjame cuidar del bebé! Mira qué débil e indefenso es. ¡Seguramente no puede dañar a Burzee ni al Maestro Leñador del Mundo!

—¡Pero la Ley, niña, la Ley! —exclamó Ak, severamente.

—La Ley está hecha por el Maestro Leñador —contestó Necile—; si él me ordena cuidar del bebé que él mismo ha salvado de la muerte, ¿quién en todo el mundo se atreverá a oponerse a mí?

La Reina Zurline, que había escuchado atentamente esta conversación, aplaudió alegremente con sus bonitas manos ante la respuesta de la ninfa.

—¡Estás bien atrapado, oh Ak! —exclamó riendo—. Ahora, te ruego, presta atención a la petición de Necile.

El Leñador, como era su hábito cuando pensaba, se acarició la barba gris lentamente. Luego dijo:

—Ella se quedará con el bebé, y yo le daré mi protección. Pero os advierto a todas que, así como esta es la primera vez que he relajado la Ley, así será la última vez. Nunca más, hasta el fin del Mundo, será un mortal adoptado por un inmortal. De lo contrario, abandonaríamos nuestra feliz existencia por una de problemas y ansiedad. ¡Buenas noches, mis ninfas!

Entonces Ak desapareció de en medio de ellas, y Necile corrió a su glorieta para regocijarse con su tesoro recién encontrado.

4. CLAUS

Otro día encontró la glorieta de Necile convertida en el lugar más popular del Bosque. Las ninfas se agruparon alrededor de ella y del niño que dormía en su regazo, con expresiones de curiosidad y deleite. Tampoco escatimaron elogios para la bondad del gran Ak al permitir que Necile se quedara con el bebé y lo cuidara. Incluso la Reina vino a mirar el inocente rostro infantil y a sostener un puño indefenso y regordete en su propia mano blanca.

—¿Cómo lo llamaremos, Necile? —preguntó, sonriendo—. Debe tener un nombre, ya sabes.

—Que se llame Claus —respondió Necile—, porque eso significa "un pequeño".

—Mejor que se llame Neclaus* —replicó la Reina—, porque eso significará "el pequeño de Necile".

Las ninfas aplaudieron con deleite, y Neclaus se convirtió en el nombre del infante, aunque a Necile le gustaba más llamarlo Claus, y en días posteriores muchas de sus hermanas siguieron su ejemplo.

Necile recogió el musgo más suave de todo el bosque para que Claus se acostara sobre él, e hizo su cama en su propia glorieta. De comida, al infante no le faltó nada. Las ninfas buscaron en el bosque las flores-ubre, que crecen en el árbol goa y que al abrirse se encuentran llenas de leche dulce. Y las ciervas de ojos suaves dieron voluntariamente una parte de su leche para mantener al pequeño extraño, mientras Shiegra, la leona, a menudo se arrastraba sigilosamente hasta la glorieta de Necile y ronroneaba suavemente mientras se tumbaba junto al bebé y lo alimentaba.

Así que el pequeño prosperó y creció grande y robusto día a día, mientras Necile le enseñaba a hablar, a caminar y a jugar.

Sus pensamientos y palabras eran dulces y gentiles, pues las ninfas no conocían el mal y sus corazones eran puros y amorosos. Se convirtió en la mascota del bosque, pues el decreto de Ak había prohibido a bestia o reptil alguno molestarlo, y caminaba sin miedo a donde su voluntad lo guiaba.

Pronto llegó a los otros inmortales la noticia de que las ninfas de Burzee habían adoptado a un infante humano, y que el acto había sido sancionado por el gran Ak. Por lo tanto, muchos de ellos vinieron a visitar al pequeño extraño, mirándolo con mucho interés. Primero los Ryls, que son primos hermanos de las ninfas del bosque, aunque formados de manera tan diferente. Pues los Ryls tienen la obligación de velar por las flores y plantas, así como las ninfas velan por los árboles del bosque. Buscan por el ancho mundo el alimento requerido por las raíces de las plantas con flores, mientras que los colores brillantes que poseen las flores abiertas se deben a los tintes colocados en el suelo por los Ryls, los cuales son absorbidos a través de las pequeñas venas en las raíces y el cuerpo de las plantas a medida que alcanzan la madurez. Los Ryls son un pueblo ocupado, pues sus flores florecen y se marchitan continuamente, pero son alegres y despreocupados y muy populares entre los otros inmortales.

Después llegaron los Knooks, cuyo deber es velar por las bestias del mundo, tanto las mansas como las salvajes. Los Knooks lo pasan mal, ya que muchas de las bestias son ingobernables y se rebelan contra la restricción. Pero saben cómo manejarlas, después de todo, y encontraréis que ciertas leyes de los Knooks son obedecidas incluso por los animales más feroces. Sus ansiedades hacen que los Knooks parezcan viejos, desgastados y encorvados, y sus naturalezas son un poco toscas por asociarse continuamente con criaturas salvajes; sin embargo, son muy útiles para la humanidad y para el mundo en general, ya que sus leyes son las únicas leyes que las bestias del bosque reconocen, excepto las del Maestro Leñador.

Luego estaban las Hadas, las guardianas de la humanidad, que estaban muy interesadas en la adopción de Claus porque sus propias

leyes les prohibían familiarizarse con sus cargos humanos. Hay casos registrados donde las Hadas se han mostrado a seres humanos, e incluso han conversado con ellos; pero se supone que deben proteger las vidas de la humanidad sin ser vistas ni conocidas, y si favorecen a unas personas más que a otras es porque estas han ganado tal distinción justamente, ya que las Hadas son muy justas e imparciales. Pero la idea de adoptar a un hijo de los hombres nunca se les había ocurrido porque era en todos los sentidos opuesta a sus leyes; así que su curiosidad era intensa por contemplar al pequeño extraño adoptado por Necile y sus hermanas ninfas.

Claus miraba a los inmortales que se agolpaban a su alrededor con ojos intrépidos y labios sonrientes. Montaba riendo sobre los hombros de los alegres Ryls; tiraba traviesamente de las barbas grises de los Knooks de cejas bajas; descansaba su cabeza rizada confiadamente sobre el delicado pecho de la propia Reina de las Hadas. Y los Ryls amaban el sonido de su risa; los Knooks amaban su coraje; las Hadas amaban su inocencia.

El niño se hizo amigo de todos ellos y aprendió a conocer sus leyes íntimamente. Ninguna flor del bosque era pisoteada bajo sus pies, para que los amistosos Ryls no se apenaran. Nunca interfería con las bestias del bosque, para que sus amigos los Knooks no se enfadaran. A las Hadas las amaba entrañablemente, pero, sin saber nada de la humanidad, no podía entender que él era el único de su raza admitido al trato amistoso con ellas.

De hecho, Claus llegó a considerar que él solo, de toda la gente del bosque, no tenía igual ni compañero. Para él, el bosque era el mundo. No tenía idea de que existían millones de criaturas humanas trabajando y luchando.

Y era feliz y estaba contento.

* Algunas personas han escrito este nombre Nicklaus y otras Nicolás, razón por la cual Santa Claus todavía es conocido en

algunas tierras como San Nicolás. Pero, por supuesto, Neclaus es su nombre correcto, y Claus el apodo que le dio su madre adoptiva, la bella ninfa Necile.

5. EL MAESTRO LEÑADOR

Los años pasan veloces en Burzee, pues las ninfas no tienen necesidad de tener en cuenta el tiempo de ninguna manera. Incluso los siglos no hacen ningún cambio en las delicadas criaturas; por siempre y para siempre permanecen iguales, inmortales e inmutables.

Claus, sin embargo, siendo mortal, creció hasta la virilidad día a día. Necile se inquietó, de pronto, al encontrarlo demasiado grande para yacer en su regazo, y él tenía deseo de otro alimento que no fuera leche. Sus robustas piernas lo llevaban lejos hacia el corazón de Burzee, donde recolectaba provisiones de nueces y bayas, así como varias raíces dulces y sanas, que le sentaban mejor a su estómago que las flores-ubre. Buscaba la glorieta de Necile con menos frecuencia, hasta que finalmente se convirtió en su costumbre regresar allí solo para dormir.

La ninfa, que había llegado a amarlo entrañablemente, estaba perpleja para comprender la naturaleza cambiante de su cargo, e inconscientemente alteró su propio modo de vida para conformarse a sus caprichos. Lo seguía prontamente a través de los senderos del bosque, al igual que muchas de sus hermanas ninfas, explicándole mientras caminaban todos los misterios del bosque gigantesco y los hábitos y la naturaleza de los seres vivos que moraban bajo su sombra.

El lenguaje de las bestias se volvió claro para el pequeño Claus; pero nunca pudo entender sus temperamentos hoscos y morosos. Solo las ardillas, los ratones y los conejos parecían poseer naturalezas alegres y joviales; sin embargo, el muchacho reía cuando la pantera gruñía, y acariciaba el pelaje brillante del oso mientras la criatura bufaba y mostraba sus dientes amenazadoramente. Los gruñidos y bufidos no eran para Claus, él bien lo sabía, así que ¿qué importaban?

Podía cantar las canciones de las abejas, recitar la poesía de las flores del bosque y relatar la historia de cada búho parpadeante en Burzee. Ayudaba a los Ryls a alimentar sus plantas y a los Knooks a mantener el orden entre los animales. Los pequeños inmortales lo consideraban una persona privilegiada, siendo especialmente protegido por la Reina Zurline y sus ninfas y favorecido por el propio gran Ak.

Un día, el Maestro Leñador regresó al bosque de Burzee. Había visitado, a su vez, todos sus bosques a lo largo del mundo, y eran muchos y extensos.

No fue hasta que entró en el claro donde la Reina y sus ninfas estaban reunidas para saludarlo que Ak recordó al niño que había permitido adoptar a Necile. Entonces encontró, sentado familiarmente en el círculo de hermosas inmortales, a un joven fornido y de hombros anchos, que, cuando estaba erguido, era tan alto como el hombro del propio Maestro.

Ak se detuvo, silencioso y con el ceño fruncido, para fijar su mirada penetrante sobre Claus. Los ojos claros se encontraron con los suyos firmemente, y el Leñador dio un suspiro de alivio al notar su plácida profundidad y leer el corazón valiente e inocente del joven. No obstante, mientras Ak se sentaba junto a la bella Reina, y el cáliz dorado, lleno de raro néctar, pasaba de labio en labio, el Maestro Leñador estuvo extrañamente silencioso y reservado, y se acarició la barba muchas veces con un movimiento pensativo.

Con la mañana llamó a Claus aparte, de manera amable, diciendo:

—Di adiós, por un tiempo, a Necile y a sus hermanas; pues me acompañarás en mi viaje a través del mundo.

La aventura complació a Claus, quien conocía bien el honor de ser compañero del Maestro Leñador del mundo. Pero Necile lloró por primera vez en su vida, y se aferró al cuello del muchacho como si no pudiera soportar dejarlo ir. La ninfa que había hecho de madre para este joven robusto era todavía tan delicada, tan encantadora y hermosa como cuando se había atrevido a enfrentar a Ak con el bebé apretado contra su pecho; ni era su amor menos grande. Ak contempló a los dos aferrados el uno al otro, aparentemente como hermano y hermana entre sí, y de nuevo lució su mirada pensativa.

6. CLAUS DESCUBRE A LA HUMANIDAD

Llevando a Claus a un pequeño claro en el bosque, el Maestro dijo:

—Pon tu mano sobre mi cinturón y agárrate fuerte mientras viajamos por el aire; pues ahora circundaremos el mundo y miraremos muchas de las guaridas de esos hombres de los cuales descienes.

Estas palabras causaron asombro a Claus, pues hasta ahora se había creído el único de su especie sobre la tierra; sin embargo, en silencio agarró firmemente el cinturón del gran Ak, pues su asombro le prohibía hablar.

Entonces el vasto bosque de Burzee pareció alejarse de sus pies, y el joven se encontró pasando velozmente a través del aire a una gran altura.

Poco después hubo agujas de torres debajo de ellos, mientras edificios de muchas formas y colores se encontraban con su vista descendente. Era una ciudad de hombres, y Ak, deteniéndose para descender, llevó a Claus a su recinto. Dijo el Maestro:

—Mientras te aferres a mi cinturón permanecerás invisible para toda la humanidad, aunque viendo claramente tú mismo. Soltar tu agarre será separarte para siempre de mí y de tu hogar en Burzee.

Una de las primeras leyes del Bosque es la obediencia, y Claus no tenía pensamiento de desobedecer el deseo del Maestro. Se aferró fuertemente al cinturón y permaneció invisible.

A partir de entonces, con cada momento pasado en la ciudad, el asombro del joven creció. Él, que había supuesto haber sido creado diferente a todos los demás, ahora encontraba la tierra repleta de criaturas de su propia especie.

—Ciertamente —dijo Ak—, los inmortales son pocos; pero los mortales son muchos.

Claus miró con seriedad a sus semejantes. Había rostros tristes, rostros alegres y temerarios, rostros agradables, rostros ansiosos y rostros amables, todos mezclados en desconcertante desorden. Algunos trabajaban en tareas tediosas; algunos se pavoneaban con vanidad insolente; algunos estaban pensativos y graves mientras otros parecían felices y contentos. Hombres de muchas naturalezas estaban allí, como en todas partes, y Claus encontró mucho que le agradaba y mucho que le entristecía.

Pero especialmente observó a los niños —primero con curiosidad, luego con avidez, luego con amor—. Pequeños harapientos rodaban en el polvo de las calles, jugando con sobras y guijarros. Otros niños, alegremente vestidos, estaban apoyados sobre cojines y alimentados con dulces. Sin embargo, los hijos de los ricos no eran más felices que aquellos que jugaban con el polvo y los guijarros, le pareció a Claus.

—La infancia es el tiempo de mayor satisfacción del hombre —dijo Ak, siguiendo los pensamientos del joven—. Es durante estos años

de placer inocente cuando los pequeños están más libres de preocupaciones.

—Dime —dijo Claus—, ¿por qué no les va igual a todos estos bebés?

—Porque nacen tanto en cabañas como en palacios —respondió el Maestro—. La diferencia en la riqueza de los padres determina la suerte del niño. Algunos son cuidadosamente atendidos y vestidos con sedas y lino delicado; otros son descuidados y cubiertos con harapos.

—Sin embargo, todos parecen igualmente hermosos y dulces —dijo Claus, pensativamente.

—Mientras son bebés, sí —asintió Ak—. Su alegría está en estar vivos, y no se detienen a pensar. En años posteriores el destino de la humanidad los alcanza, y descubren que deben luchar y preocuparse, trabajar y inquietarse, para ganar la riqueza que es tan querida para los corazones de los hombres. Tales cosas son desconocidas en el Bosque donde fuiste criado.

Claus guardó silencio un momento. Luego preguntó:

—¿Por qué fui criado en el bosque, entre aquellos que no son de mi raza?

Entonces Ak, con voz gentil, le contó la historia de su infancia: cómo había sido abandonado en el borde del bosque y dejado como presa para las bestias salvajes, y cómo la amorosa ninfa Necile lo había rescatado y llevado a la virilidad bajo la protección de los inmortales.

—Sin embargo, no soy de ellos —dijo Claus, meditabundo.

—No eres de ellos —replicó el Leñador—. La ninfa que te cuidó como una madre parece ahora como una hermana para ti; con el tiempo, cuando te vuelvas viejo y gris, ella parecerá como una hija. Solo otro breve lapso y serás solo un recuerdo, mientras ella sigue siendo Necile.

—Entonces, ¿por qué, si el hombre debe perecer, nace? —
demandó el muchacho.

—Todo parece excepto el mundo mismo y sus guardianes —
respondió Ak—. Pero mientras dura la vida, todo en la tierra tiene su
uso. Los sabios buscan formas de ser útiles al mundo, pues los que
son útiles seguro vivirán de nuevo.

Mucho de esto Claus no logró entenderlo completamente, pero se
apoderó de él un anhelo de volverse útil para sus semejantes, y
permaneció grave y pensativo mientras reanudaban su viaje.

Visitaron muchas moradas de hombres en muchas partes del
mundo, viendo a los granjeros trabajar en los campos, a los
guerreros lanzarse a la cruel refriega, y a los mercaderes
intercambiar sus bienes por trozos de metal blanco y amarillo. Y en
todas partes los ojos de Claus buscaban a los niños con amor y
piedad, pues el pensamiento de su propia infancia indefensa era
fuerte dentro de él y anhelaba dar ayuda a los pequeños inocentes
de su raza tal como él había sido socorrido por la bondadosa ninfa.

Día a día, el Maestro Leñador y su pupilo atravesaron la tierra,
hablando Ak pocas veces con el joven que se aferraba firmemente a
su cinturón, pero guiándolo a todos los lugares donde pudiera
familiarizarse con las vidas de los seres humanos.

Y por fin regresaron al gran y viejo Bosque de Burzee, donde el
Maestro dejó a Claus dentro del círculo de ninfas, entre las cuales la
linda Necile lo esperaba ansiosamente.

El ceño del gran Ak estaba ahora tranquilo y pacífico; pero el ceño
de Claus se había marcado con profunda reflexión. Necile suspiró
ante el cambio en su hijo adoptivo, quien hasta ahora había sido
siempre alegre y risueño, y le vino el pensamiento de que nunca
más volvería a ser la vida del muchacho la misma que antes de este
viaje lleno de acontecimientos con el Maestro.

7. CLAUS ABANDONA EL BOSQUE

Cuando la buena Reina Zurline hubo tocado el cáliz dorado con sus hermosos labios y este hubo pasado alrededor del círculo en honor al regreso de los viajeros, el Maestro Leñador del Mundo, que aún no había hablado, dirigió su mirada francamente hacia Claus y dijo:

—¿Y bien?

El muchacho comprendió y se puso de pie lentamente junto a Necile. Solo una vez sus ojos recorrieron el familiar círculo de ninfas, a cada una de las cuales recordaba como una camarada amorosa; pero las lágrimas acudieron espontáneamente a nublar su vista, así que miró a partir de entonces fijamente al Maestro.

—He sido ignorante —dijo, sencillamente—, hasta que el gran Ak en su bondad me enseñó quién y qué soy. Vosotras, que vivís tan dulcemente en vuestras gloriets del bosque, siempre hermosas, jóvenes e inocentes, no sois compañeras adecuadas para un hijo de la humanidad. Pues he mirado al hombre, encontrándolo condenado a vivir por un breve espacio sobre la tierra, a trabajar por las cosas que necesita, a marchitarse en la vejez y luego a desaparecer como las hojas en otoño. Sin embargo, cada hombre tiene su misión, que es dejar el mundo mejor, de alguna manera, de lo que lo encontré. Yo soy de la raza de los hombres, y la suerte del hombre es mi suerte. Por vuestro tierno cuidado del pobre bebé abandonado que adoptasteis, así como por vuestra amorosa camaradería durante mi niñez, mi corazón rebosará siempre de gratitud. A mi madre adoptiva —aquí se detuvo y besó la blanca frente de Necile— la amaré y cuidaré mientras dure la vida. Pero debo dejaros, para tomar mi parte en la lucha interminable a la que la humanidad está condenada, y para vivir mi vida a mi propia manera.

—¿Qué harás? —preguntó la Reina, gravemente.

—Debo dedicarme al cuidado de los hijos de la humanidad y tratar de hacerlos felices —respondió él—. Puesto que vuestro propio cuidado tierno de un bebé me trajo felicidad y fuerza, es justo y correcto que yo dedique mi vida al placer de otros bebés. Así, la memoria de la amorosa ninfa Necile será plantada dentro de los corazones de miles de mi raza por muchos años venideros, y su acto bondadoso será relatado en canciones y en historias mientras el mundo perdure. ¿He hablado bien, oh Maestro?

—Has hablado bien —replicó Ak, y poniéndose de pie continuó—: Sin embargo, una cosa no debe ser olvidada. Habiendo sido adoptado como el hijo del Bosque, y compañero de juegos de las ninfas, has ganado una distinción que te separa para siempre de tu especie. Por lo tanto, cuando salgas al mundo de los hombres, conservarás la protección del Bosque, y los poderes que ahora disfrutas permanecerán contigo para asistirte en tus labores. En cualquier necesidad puedes llamar a las Ninfas, los Ryls, los Knooks y las Hadas, y ellos te servirán con gusto. Yo, el Maestro Leñador del Mundo, lo he dicho, ¡y mi Palabra es la Ley!

Claus miró a Ak con ojos agradecidos.

—Esto me hará poderoso entre los hombres —respondió—. Protegido por estos amables amigos, podré hacer felices a miles de niños pequeños. Me esforzaré mucho por cumplir mi deber, y sé que la gente del Bosque me dará su simpatía y ayuda.

—¡Lo haremos! —dijo la Reina de las Hadas, con seriedad.

—¡Lo haremos! —gritaron los alegres Ryls, riendo.

—¡Lo haremos! —vociferaron los encorvados Knooks, frunciendo el ceño.

—¡Lo haremos! —exclamaron las dulces ninfas, con orgullo.

Pero Necile no dijo nada. Ella solo envolvió a Claus en sus brazos y lo besó tiernamente.

—El mundo es grande —continuó el muchacho, volviéndose de nuevo hacia sus leales amigos—, pero los hombres están en todas

partes. Comenzaré mi trabajo cerca de mis amigos, para que si me encuentro con la desgracia pueda venir al Bosque en busca de consejo o ayuda.

Con eso les dio a todos una mirada amorosa y se dio la vuelta. No había necesidad de decir adiós, pues para él la dulce y salvaje vida del Bosque había terminado. Salió valientemente al encuentro de su destino —el destino de la raza del hombre—, la necesidad de preocuparse y trabajar.

Pero Ak, que conocía el corazón del muchacho, fue misericordioso y guio sus pasos.

Al salir a través de Burzee hacia su borde oriental, Claus llegó al Valle Risueño de Hohaho. A cada lado había verdes colinas ondulantes, y un arroyo vagaba a mitad de camino entre ellas para serpentear a lo lejos más allá del valle. A su espalda estaba el sombrío Bosque; en el extremo lejano del valle, una amplia llanura. Los ojos del joven, que hasta ahora habían reflejado sus graves pensamientos, se volvieron más brillantes mientras permanecía en silencio, mirando hacia el Valle Risueño. Entonces, de repente, sus ojos centellearon, como hacen las estrellas en una noche tranquila, y se volvieron alegres y grandes.

Pues a sus pies las primaveras y margaritas le sonreían con amistosa consideración; la brisa silbaba alegremente al pasar y agitaba los mechones en su frente; el arroyo reía gozosamente mientras saltaba sobre los guijarros y barría las curvas verdes de sus orillas; las abejas cantaban dulces canciones mientras volaban del diente de león al narciso; los escarabajos chirriaban felizmente en la hierba alta, y los rayos del sol destellaban agradablemente sobre toda la escena.

—¡Aquí —gritó Claus, extendiendo sus brazos como para abrazar el Valle—, haré mi hogar!

Eso fue hace muchos, muchos años. Ha sido su hogar desde entonces. Es su hogar ahora.

ADULTEZ

1. EL VALLE RISUEÑO

Cuando Claus llegó, el Valle estaba vacío salvo por la hierba, el arroyo, las flores silvestres, las abejas y las mariposas. Si quería hacer su hogar aquí y vivir a la manera de los hombres, debía tener una casa. Esto le desconcertó al principio, pero mientras estaba de pie sonriendo bajo la luz del sol, de repente encontró a su lado al viejo Nelko, el sirviente del Maestro Leñador. Nelko portaba un hacha, fuerte y ancha, con una hoja que brillaba como plata bruñida. Esta la colocó en la mano del joven, y luego desapareció sin una palabra.

Claus entendió y, volviéndose hacia el borde del Bosque, seleccionó un número de troncos de árboles caídos, que comenzó a limpiar de sus ramas muertas. No cortarían un árbol vivo. Su vida entre las ninfas que guardaban el Bosque le había enseñado que un árbol vivo es sagrado, siendo una cosa creada dotada de sentimiento. Pero con los árboles muertos y caídos era diferente. Habían cumplido su destino, como miembros activos de la comunidad del Bosque, y ahora era apropiado que sus restos sirvieran a las necesidades del hombre.

El hacha mordía profundamente los troncos con cada golpe. Parecía tener una fuerza propia, y Claus solo tenía que balancearla y guiarla.

Cuando las sombras comenzaron a arrastrarse sobre las verdes colinas para reposar en el Valle durante la noche, el joven había cortado muchos troncos en longitudes iguales y formas apropiadas para construir una casa como las que había visto habitar a las clases más pobres de los hombres. Entonces, resolviendo esperar otro día antes de intentar encajar los troncos, Claus comió algunas de las raíces dulces que bien sabía cómo encontrar, bebió profundamente del arroyo risueño y se acostó a dormir sobre la hierba, buscando primero un lugar donde no crecieran flores, para que el peso de su cuerpo no las aplastara.

Y mientras dormía y respiraba el perfume del maravilloso Valle, el Espíritu de la Felicidad se deslizó en su corazón y expulsó todo terror, preocupación y recelo. Nunca más el rostro de Claus se vería nublado por ansiedades; nunca más las pruebas de la vida le pesarían como una carga. El Valle Risueño lo había reclamado como suyo.

¡Ojalá todos pudiéramos vivir en ese lugar encantador! Pero entonces, tal vez, se llenaría demasiado. Durante eras había esperado un inquilino. ¿Fue el azar lo que llevó al joven Claus a hacer su hogar en este valle feliz? ¿O podemos adivinar que sus considerados amigos, los inmortales, habían dirigido sus pasos cuando vagó lejos de Burzee para buscar un hogar en el gran mundo?

Lo cierto es que mientras la luna se asomaba sobre la cima de la colina e inundaba con sus suaves rayos el cuerpo del extraño durmiente, el Valle Risueño se llenó con las extrañas y encorvadas formas de los amistosos Knooks. Estas personas no pronunciaron palabras, pero trabajaron con destreza y rapidez. Los troncos que Claus había desbastado con su brillante hacha fueron llevados a un lugar junto al arroyo y encajados uno sobre otro, y durante la noche se construyó una vivienda fuerte y espaciosa.

Los pájaros llegaron barriendo el Valle al amanecer, y sus cantos, tan raramente oídos en el bosque profundo, despertaron al extraño. Se frotó la telaraña del sueño de sus párpados y miró alrededor. La casa se encontró con su mirada.

—Debo agradecer a los Knooks por esto —dijo, con gratitud.

Luego caminó hacia su vivienda y entró por la puerta. Una gran habitación estaba frente a él, con una chimenea al fondo y una mesa y un banco en el medio. Junto a la chimenea había una alacena. Otra puerta estaba más allá. Claus entró aquí también y vio una habitación más pequeña con una cama contra la pared y un taburete colocado cerca de una pequeña mesilla. En la cama había muchas capas de musgo seco traído del Bosque.

—¡Ciertamente, es un palacio! —exclamó el sonriente Claus—. Debo agradecer a los buenos Knooks de nuevo, por su conocimiento de las necesidades del hombre así como por sus labores en mi beneficio.

Dejó su nuevo hogar con un sentimiento de alegría por no estar completamente solo en el mundo, aunque hubiera elegido abandonar su vida en el Bosque. Las amistades no se rompen fácilmente, y los inmortales están en todas partes.

Al llegar al arroyo bebió del agua pura, y luego se sentó en la orilla para reírse de los traviesos juegos de las ondas mientras se empujaban unas a otras contra las rocas o se aglomeraban desesperadamente para ver cuál alcanzaba primero la curva de más allá. Y mientras se alejaban corriendo, escuchó la canción que cantaban:

«¡Corriendo, empujando, adelante vamos!

Ninguna ola puede fluir despacio,
todas están muy agitadas.

Cada gota, encantada,
se vuelve espuma en alegre juego

¡mientras rodamos en nuestro camino!»

A continuación, Claus buscó raíces para comer, mientras los narcisos volvían sus pequeños ojos hacia él sonriendo y ceceaban su delicada canción:

«Floreciendo bellamente, creciendo raramente,
¡nunca hubo florecillas tan alegres!
Respirando perfume, legando alegría,
mientras nuestros colores desplegamos.»

A Claus le dio risa oír a las cositas expresar su felicidad mientras asentían con gracia sobre sus tallos. Pero otra melodía captó su oído mientras los rayos del sol caían suavemente sobre su rostro y susurraban:

«Aquí hay alegría, porque nuestros rayos
calientan el valle durante los días;
aquí hay felicidad, para dar
¡consuelo a todo el que vive!»

—¡Sí! —gritó Claus en respuesta—, hay felicidad y alegría en todas las cosas aquí. El Valle Risueño es un valle de paz y buena voluntad.

Pasó el día hablando con las hormigas y los escarabajos e intercambiando bromas con las mariposas de corazón ligero. Y por la noche se acostó en su cama de suave musgo y durmió profundamente.

Entonces llegaron las Hadas, alegres pero insonoras, trayendo sartenes y ollas y platos y cacerolas y todas las herramientas necesarias para preparar comida y reconfortar a un mortal. con estos llenaron la alacena y la chimenea, colocando finalmente un robusto traje de lana sobre el taburete junto a la cama.

Cuando Claus despertó se frotó los ojos de nuevo, y rio, y expresó en voz alta su agradecimiento a las Hadas y al Maestro Leñador que las había enviado. Con ansiosa alegría examinó todas sus nuevas

posesiones, preguntándose para qué podrían usarse algunas. Pero, en los días en que se había aferrado al cinturón del gran Ak y visitado las ciudades de los hombres, sus ojos habían sido rápidos para notar todos los modales y costumbres de la raza a la que pertenecía; así que adivinó por los regalos traídos por las Hadas que el Maestro esperaba que en adelante viviera a la moda de sus semejantes.

—Lo que significa que debo arar la tierra y plantar maíz — reflexionó—; para que cuando llegue el invierno tenga alimentos almacenados en abundancia.

Pero, al estar de pie en el Valle cubierto de hierba, vio que remover la tierra en surcos sería destruir cientos de bonitas e indefensas flores, así como miles de tiernas briznas de hierba. Y esto no podía soportar hacerlo.

Por lo tanto, extendió sus brazos y emitió un silbido peculiar que había aprendido en el Bosque, gritando después:

—¡Ryls de las Flores del Campo, venid a mí!

Al instante, una docena de los extraños y pequeños Ryls estaban en cuclillas sobre el suelo ante él, y le asintieron con un saludo alegre.

Claus los miró con seriedad.

—A vuestros hermanos del Bosque —dijo— los he conocido y amado muchos años. Os amaré a vosotros, también, cuando nos hayamos hecho amigos. Para mí, las leyes de los Ryls, ya sean las del Bosque o las del campo, son sagradas. Nunca he destruido intencionadamente una de las flores que cuidáis con tanto esmero; pero debo plantar grano para usar como alimento durante el frío invierno, ¿y cómo voy a hacer esto sin matar a las pequeñas criaturas que me cantan tan bellamente sobre sus fragantes flores?

El Ryl Amarillo, el que cuida los ranúnculos, respondió:

—No te inquietes, amigo Claus. El gran Ak nos ha hablado de ti. Hay mejor trabajo para ti en la vida que laborar por comida, y

aunque, no siendo del Bosque, Ak no tiene mando sobre nosotros, no obstante nos alegra favorecer a uno a quien él ama. Vive, por lo tanto, para hacer la buena obra que estás resuelto a emprender. Nosotros, los Ryls del Campo, atenderemos tus provisiones de comida.

Después de este discurso, los Ryls ya no se vieron, y Claus borró de su mente el pensamiento de labrar la tierra.

Cuando regresó de nuevo a su vivienda, un cuenco de leche fresca estaba sobre la mesa; había pan en la alacena y dulce miel llenaba un plato a su lado. Una bonita cesta de manzanas rosadas y uvas recién cogidas también le esperaba. Gritó "¡Gracias, amigos míos!" a los invisibles Ryls, e inmediatamente comenzó a comer de los alimentos.

A partir de entonces, cuando tenía hambre, no tenía más que mirar en la alacena para encontrar buenas provisiones traídas por los bondadosos Ryls. Y los Knooks cortaron y apilaron mucha leña para su chimenea. Y las Hadas le trajeron mantas calientes y ropa.

Así comenzó su vida en el Valle Risueño, con el favor y la amistad de los inmortales para atender cada una de sus necesidades.

2. CÓMO CLAUS HIZO EL PRIMER JUGUETE

Verdaderamente nuestro Claus tenía sabiduría, pues su buena fortuna no hizo sino fortalecer su resolución de hacerse amigo de los pequeños de su propia raza. Sabía que su plan era aprobado por los inmortales, de lo contrario no lo habrían favorecido tan grandemente.

Así que comenzó de inmediato a trabar conocimiento con la humanidad. Caminó a través del Valle hasta la llanura de más allá, y cruzó la llanura en muchas direcciones para llegar a las moradas de los hombres. Estas se alzaban solas o en grupos de viviendas llamadas aldeas, y en casi todas las casas, ya fueran grandes o pequeñas, Claus encontró niños.

Los jovencitos pronto llegaron a conocer su rostro alegre y risueño y la mirada amable de sus ojos brillantes; y los padres, aunque miraban al joven con cierto desprecio por amar a los niños más que a sus mayores, estaban contentos de que las niñas y los niños hubieran encontrado un compañero de juegos que parecía dispuesto a divertirlos.

Así que los niños retozaban y jugaban a juegos con Claus, y los niños montaban sobre sus hombros, y las niñas se acurrucaban en sus fuertes brazos, y los bebés se aferraban cariñosamente a sus rodillas. Dondequiera que el joven se encontrara, el sonido de la risa infantil lo seguía; y para entender esto mejor debéis saber que los niños eran muy descuidados en aquellos días y recibían poca atención de sus padres, por lo que se convirtió para ellos en una maravilla que un hombre tan bueno como Claus dedicara su tiempo a hacerlos felices. Y aquellos que lo conocían eran, podéis estar seguros, muy felices de verdad. Los rostros tristes de los pobres y maltratados se iluminaban por una vez; el lisiado sonreía a pesar de su desgracia; los enfermos callaban sus gemidos y los apenados sus llantos cuando su alegre amigo se acercaba para consolarlos.

Solo en el hermoso palacio del Señor de Lerd y en el imponente castillo del Barón Braun se le negó la entrada a Claus. Había niños en ambos lugares; pero los sirvientes en el palacio cerraron la puerta en la cara del joven extraño, y el feroz Barón amenazó con colgarlo de un gancho de hierro en los muros del castillo. Ante lo cual Claus suspiró y regresó a las viviendas más pobres donde era bienvenido.

Después de un tiempo, el invierno se acercó.

Las flores vivieron sus vidas y se marchitaron y desaparecieron; los escarabajos se enterraron profundamente en la tierra cálida; las mariposas desertaron de los prados; y la voz del arroyo se volvió ronca, como si se hubiera resfriado.

Un día los copos de nieve llenaron todo el aire en el Valle Risueño, bailando bulliciosamente hacia la tierra y vistiendo con puro ropaje blanco el techo de la vivienda de Claus.

Por la noche, Jack Frost golpeó a la puerta.

—¡Entra! —gritó Claus.

—¡Sal tú! —respondió Jack—, porque tienes fuego dentro.

Así que Claus salió. Había conocido a Jack Frost en el Bosque, y le caía bien el alegre bribón, aun cuando desconfiaba de él.

—¡Habrá diversión rara para mí esta noche, Claus! —gritó el duende—. ¿No es este un tiempo glorioso? Voy a pellizcar montones de narices y orejas y dedos de los pies antes del amanecer.

—Si me amas, Jack, perdona a los niños —suplicó Claus.

—¿Y por qué? —preguntó el otro, con sorpresa.

—Son tiernos e indefensos —respondió Claus.

—¡Pero me encanta pellizcar a los tiernos! —declaró Jack—. Los mayores son duros y cansan mis dedos.

—Los jóvenes son débiles y no pueden luchar contra ti —dijo Claus.

—Cierto —convino Jack, pensativamente—. Bueno, no pellizcaré a ningún niño esta noche... si puedo resistir la tentación —prometió—. ¡Buenas noches, Claus!

—Buenas noches.

El joven entró y cerró la puerta, y Jack Frost corrió hacia la aldea más cercana.

Claus echó un tronco al fuego, que ardió brillantemente. Junto al hogar estaba sentada Blinkie, una gata grande que le había regalado Peter el Knook. Su pelaje era suave y brillante, y ronroneaba canciones interminables de satisfacción.

—No veré a los niños de nuevo pronto —dijo Claus a la gata, quien amablemente hizo una pausa en su canción para escuchar—. El invierno está sobre nosotros, la nieve será profunda por muchos días, y seré incapaz de jugar con mis pequeños amigos.

La gata levantó una pata y se acarició la nariz pensativamente, pero no dio respuesta. Mientras el fuego ardiera y Claus se sentara en su sillón junto al hogar, a ella no le importaba el tiempo.

Así pasaron muchos días y muchas largas noches. La alacena estaba siempre llena, pero Claus se cansó de no tener nada que hacer más que alimentar el fuego de la gran pila de leña que los Knooks le habían traído.

Una noche recogió un palo de madera y comenzó a cortarlo con su cuchillo afilado. No tenía ningún pensamiento, al principio, excepto ocupar su tiempo, y silbaba y cantaba a la gata mientras tallaba porciones del palo. La minina se sentó sobre sus cuartos traseros y lo observó, escuchando al mismo tiempo el alegre silbido de su amo, que le gustaba oír incluso más que sus propias canciones de ronroneo.

Claus miró a la minina y luego al palo que estaba tallando, hasta que de pronto la madera comenzó a tener una forma, y la forma era como la cabeza de un gato, con dos orejas apuntando hacia arriba.

Claus dejó de silbar para reír, y luego tanto él como la gata miraron la imagen de madera con cierta sorpresa. Entonces talló los ojos y la nariz, y redondeó la parte inferior de la cabeza para que descansara sobre un cuello.

La minina apenas sabía qué pensar de ello ahora, y se sentó rígidamente, como si observara con alguna sospecha qué vendría después.

Claus lo sabía. La cabeza le dio una idea. Manejó su cuchillo cuidadosamente y con destreza, formando lentamente el cuerpo del gato, que hizo para que se sentara sobre sus cuartos traseros como hacía la gata real, con su cola enrollada alrededor de sus dos patas delanteras.

El trabajo le costó mucho tiempo, pero la noche era larga y no tenía nada mejor que hacer. Finalmente soltó una risa fuerte y encantada ante el resultado de sus labores y colocó el gato de madera, ahora completado, sobre el hogar frente al real.

La minina entonces miró furiosa a su imagen, erizó su pelo con ira y soltó un maullido desafiante. El gato de madera no prestó atención, y Claus, muy divertido, rio de nuevo.

Entonces Blinkie avanzó hacia la imagen de madera para mirarla de cerca y olerla inteligentemente. Los ojos y la nariz le dijeron que la criatura era madera, a pesar de su apariencia natural; así que la minina reasumió su asiento y su ronroneo, pero mientras se lavaba pulcramente la cara con su pata acolchada lanzó más de una mirada de admiración a su ingenioso amo. Quizás sentía la misma satisfacción que sentimos nosotros cuando miramos buenas fotografías de nosotros mismos.

El amo de la gata estaba él mismo complacido con su obra, sin saber exactamente por qué. De hecho, tenía gran motivo para felicitarse esa noche, y todos los niños a lo largo del mundo deberían haberse unido a su regocijo. Pues Claus había hecho su primer juguete.

3. CÓMO LOS RYLS COLOREARON LOS JUGUETES

Un silencio yacía sobre el Valle Risueño ahora. La nieve lo cubría como una colcha blanca y almohadas de copos vellosos se acumulaban ante la vivienda donde Claus estaba sentado alimentando la llama del fuego. El arroyo gorgoteaba bajo una pesada capa de hielo y todas las plantas vivas e insectos se acurrucaban cerca de la Madre Tierra para mantenerse calientes. La cara de la luna estaba oculta por nubes oscuras, y el viento, deleitándose en el deporte invernal, empujaba y arremolinaba los copos de nieve en tantas direcciones que no podían tener oportunidad de caer al suelo.

Claus oyó al viento silbando y chillando en su juego y agradeció a los buenos Knooks de nuevo por su cómodo refugio. Blinkie se lavaba la cara perezosamente y miraba a las brasas con una expresión de perfecto contento. El gato de juguete estaba sentado frente al real y miraba directamente al frente, como deben hacer los gatos de juguete.

De repente Claus oyó un ruido que sonaba diferente a la voz del viento. Era más como un lamento de sufrimiento y desesperación.

Se levantó y escuchó, pero el viento, volviéndose bullicioso, sacudió la puerta y hizo traquetear las ventanas para distraer su atención. Esperó hasta que el viento estuvo cansado y entonces, aún escuchando, oyó una vez más el agudo grito de angustia.

Rápidamente se puso su abrigo, se caló su gorro sobre los ojos y abrió la puerta. El viento se precipitó dentro y esparció las brasas sobre el hogar, soplando al mismo tiempo el pelaje de Blinkie tan furiosamente que ella se arrastró bajo la mesa para escapar.

Entonces la puerta se cerró y Claus quedó fuera, mirando ansiosamente en la oscuridad.

El viento rio y regañó y trató de empujarlo, pero él se mantuvo firme. Los copos indefensos tropezaban contra sus ojos y nublaban su vista, pero él se los frotaba y miraba de nuevo. La nieve estaba en todas partes, blanca y brillante. Cubría la tierra y llenaba el aire.

El grito no se repitió.

Claus se dio la vuelta para volver a entrar en la casa, pero el viento lo atrapó desprevenido y tropezó y cayó a través de un ventisquero. Su mano se hundió en el montón de nieve y tocó algo que no era nieve. Agarró esto y, tirando de ello suavemente hacia él, descubrió que era un niño. Al momento siguiente lo había levantado en sus brazos y lo había llevado dentro de la casa.

El viento lo siguió a través de la puerta, pero Claus lo dejó fuera rápidamente. Acostó al niño rescatado en el hogar y, quitando la nieve, descubrió que era Weekum, un niño pequeño que vivía en una casa más allá del Valle.

Claus envolvió una manta caliente alrededor del pequeño y frotó la escarcha de sus extremidades. Al poco tiempo el niño abrió los ojos y, viendo dónde estaba, sonrió felizmente. Entonces Claus calentó leche y se la dio al niño despacio, mientras la gata miraba con sobria curiosidad. Finalmente el pequeño se acurrucó en los brazos de su amigo y suspiró y se quedó dormido, y Claus, lleno de alegría por haber encontrado al vagabundo, lo sostuvo estrechamente mientras dormía.

El viento, no encontrando más travesuras que hacer, subió la colina y barrió hacia el norte. Esto dio a los cansados copos de nieve tiempo para asentarse en la tierra, y el Valle se quedó tranquilo de nuevo.

El niño, habiendo dormido bien en los brazos de su amigo, abrió los ojos y se sentó. Entonces, como haría un niño, miró alrededor de la habitación y vio todo lo que contenía.

—Tu gato es un buen gato, Claus —dijo, al fin—. Déjame sostenerlo.

Pero la minina objetó y salió corriendo.

—El otro gato no correrá, Claus —continuó el niño—. Déjame sostener ese.

Claus puso el juguete en sus brazos, y el niño lo sostuvo amorosamente y besó la punta de su oreja de madera.

—¿Cómo te perdiste en la tormenta, Weekum? —preguntó Claus.

—Empecé a caminar hacia la casa de mi tía y perdí el camino —respondió Weekum.

—¿Estabas asustado?

—Hacía frío —dijo Weekum—, y la nieve se me metió en los ojos, así que no podía ver. Luego seguí hasta que caí en la nieve, sin saber dónde estaba, y el viento sopló los copos sobre mí y me cubrió.

Claus le acarició suavemente la cabeza, y el niño lo miró y sonrió.

—Estoy bien ahora —dijo Weekum.

—Sí —replicó Claus, felizmente—. Ahora te pondré en mi cama caliente, y debes dormir hasta la mañana, cuando te llevaré de vuelta con tu madre.

—¿Puede el gato dormir conmigo? —preguntó el niño.

—Sí, si deseas que lo haga —respondió Claus.

—¡Es un buen gato! —dijo Weekum, sonriendo, mientras Claus metía las mantas a su alrededor; y enseguida el pequeño se quedó dormido con el juguete de madera en sus brazos.

Cuando llegó la mañana el sol reclamó el Valle Risueño y lo inundó con sus rayos; así que Claus se preparó para llevar al niño perdido de vuelta a su madre.

—¿Puedo quedarme con el gato, Claus? —preguntó Weekum—. Es más bueno que los gatos de verdad. No se escapa, ni araña ni muerde. ¿Puedo quedármelo?

—Sí, por supuesto —respondió Claus, complacido de que el juguete que había hecho pudiera dar placer al niño. Así que envolvió al niño y al gato de madera en una capa caliente, encaramando el bulto sobre sus propios hombros anchos, y luego caminó a través de la nieve y los ventisqueros del Valle y a través de la llanura de más allá hasta la pobre cabaña donde vivía la madre de Weekum.

—¡Mira, mamá! —gritó el niño, tan pronto como entraron—, ¡tengo un gato!

La buena mujer lloró lágrimas de alegría por el rescate de su querido y agradeció a Claus muchas veces por su bondadoso acto. Así que él llevó un corazón cálido y feliz de vuelta a su hogar en el Valle.

Esa noche le dijo a la minina: "Creo que los niños amarán los gatos de madera casi tanto como los reales, y no pueden lastimarlos tirándoles de las colas y las orejas. Haré otro".

Así que este fue el comienzo de su gran obra.

El siguiente gato estaba mejor hecho que el primero. Mientras Claus se sentaba a tallarlo, el Ryl Amarillo entró para hacerle una visita, y tan complacido estaba con la destreza del hombre que salió corriendo y trajo a varios de sus compañeros.

Allí se sentaron el Ryl Rojo, el Ryl Negro, el Ryl Verde, el Ryl Azul y el Ryl Amarillo en un círculo en el suelo, mientras Claus tallaba y silbaba y el gato de madera crecía tomando forma.

—Si pudiera hacerse del mismo color que el gato real, nadie notaría la diferencia —dijo el Ryl Amarillo, pensativamente.

—Los pequeños, tal vez, no notarían la diferencia —replicó Claus, complacido con la idea.

—Yo te traeré algo del rojo con que coloreo mis rosas y tulipanes —gritó el Ryl Rojo—; y entonces podrás hacer rojos los labios y la lengua del gato.

—Yo traeré algo del verde con que coloreo mis hierbas y hojas —dijo el Ryl Verde—; y entonces podrás colorear de verde los ojos del gato.

—Necesitarán un poco de amarillo, también —remarcó el Ryl Amarillo—; debo traer algo del amarillo que uso para colorear mis ranúnculos y varas de oro.

—El gato real es negro —dijo el Ryl Negro—; traeré algo del negro que uso para colorear los ojos de mis pensamientos, y entonces podrás pintar tu gato de madera de negro.

—Veo que tienes una cinta azul alrededor del cuello de Blinkie —añadió el Ryl Azul—. Conseguiré algo del color que uso para pintar las campanillas y los no-me-olvides, y entonces podrás tallar una cinta de madera en el cuello del gato de juguete y pintarla de azul.

Así que los Ryls desaparecieron, y para cuando Claus hubo terminado de tallar la forma del gato estaban todos de vuelta con las pinturas y los pinceles.

Hicieron que Blinkie se sentara sobre la mesa, para que Claus pudiera pintar el gato de juguete justo del color correcto, y cuando el trabajo estuvo hecho los Ryls declararon que era exactamente tan bueno como un gato vivo.

—Eso es, en apariencia —añadió el Ryl Rojo.

Blinkie pareció un poco ofendida por la atención otorgada al juguete, y para no parecer aprobar el gato de imitación caminó hacia la esquina del hogar y se sentó con aire digno.

Pero Claus estaba encantado, y tan pronto como llegó la mañana salió y caminó a través de la nieve, cruzando el Valle y la llanura, hasta llegar a una aldea. Allí, en una pobre choza cerca de los muros del hermoso palacio del Señor de Lerd, una niña pequeña yacía sobre un catre miserable, gimiendo de dolor.

Claus se acercó a la niña y la besó y la consoló, y luego sacó el gato de juguete de debajo de su abrigo, donde lo había escondido, y lo puso en sus brazos.

¡Ah, qué bien pagado se sintió por su labor y su larga caminata cuando vio los ojos de la pequeña brillar de placer! Ella abrazó al gatito fuerte contra su pecho, como si hubiera sido una gema preciosa, y no lo dejó ir ni por un solo momento. La fiebre se calmó, el dolor disminuyó, y ella cayó en un sueño dulce y reparador.

Claus rio y silbó y cantó todo el camino a casa. Nunca había sido tan feliz como en ese día.

Cuando entró en su casa encontró a Shiegra, la leona, esperándolo. Desde su infancia Shiegra había amado a Claus, y mientras él moraba en el Bosque ella había ido a menudo a visitarlo a la glorieta de Necile. Después de que Claus se fue a vivir al Valle Risueño, Shiegra se sintió sola e inquieta, y ahora había desafiado los ventisqueros, que todos los leones aborrecen, para verlo una vez más. Shiegra se estaba haciendo vieja y sus dientes estaban empezando a caerse, mientras que los pelos que coronaban sus orejas y cola habían cambiado de amarillo leonado a blanco.

Claus la encontró tumbada en su hogar, y puso sus brazos alrededor del cuello de la leona y la abrazó amorosamente. La gata se había retirado a una esquina lejana. No le importaba asociarse con Shiegra.

Claus le contó a su vieja amiga sobre los gatos que había hecho, y cuánto placer habían dado a Weekum y a la niña enferma. Shiegra no sabía mucho sobre niños; de hecho, si se encontraba con un niño apenas se podía confiar en que no lo devorara. Pero estaba interesada en las nuevas labores de Claus, y dijo:

—Estas imágenes me parecen muy atractivas. Sin embargo, no puedo ver por qué deberías hacer gatos, que son animales muy insignificantes. Supón, ahora que estoy aquí, que haces la imagen de una leona, la Reina de todas las bestias. Entonces, ciertamente, tus niños estarán felices... ¡y seguros al mismo tiempo!

Claus pensó que esta era una buena sugerencia. Así que tomó un trozo de madera y afiló su cuchillo, mientras Shiegra se agazapaba en el hogar a sus pies. Con mucho cuidado talló la cabeza a semejanza de la leona, incluso hasta los dos dientes feroces que se curvaban sobre su labio inferior y las profundas líneas del ceño sobre sus ojos muy abiertos.

Cuando estuvo terminada dijo:

—Tienes una mirada terrible, Shiegra.

—Entonces la imagen es como yo —respondió ella—; pues soy ciertamente terrible para todos los que no son mis amigos.

Claus talló entonces el cuerpo, con la larga cola de Shiegra arrastrándose detrás. La imagen de la leona agazapada era muy realista.

—Me complace —dijo Shiegra, bostezando y estirando su cuerpo con gracia—. Ahora observaré mientras pintas.

Él trajo de la alacena las pinturas que los Ryls le habían dado y coloreó la imagen para que se pareciera a la verdadera Shiegra.

La leona colocó sus grandes patas acolchadas sobre el borde de la mesa y se alzó mientras examinaba cuidadosamente el juguete que era su semejanza.

—¡Eres ciertamente hábil! —dijo, con orgullo—. A los niños les gustará eso más que los gatos, estoy segura.

Luego, gruñendo a Blinkie, que arqueó el lomo aterrorizada y gimió con miedo, se alejó hacia su hogar en el bosque con zancadas majestuosas.

4. CÓMO LA PEQUEÑA MAYRIE SE ASUSTÓ

El invierno había terminado ya, y todo el Valle Risueño estaba lleno de alegre excitación. El arroyo estaba tan feliz de ser libre una vez más que gorgoteaba más bulliciosamente que nunca y se estrellaba tan imprudentemente contra las rocas que enviaba lluvias de espuma alto en el aire. La hierba empujaba sus afiladas briznas hacia arriba a través de la estera de tallos muertos donde se había escondido de la nieve, pero las flores eran todavía demasiado tímidas para mostrarse, aunque los Ryls estaban ocupados alimentando sus raíces. El sol estaba de un humor notablemente bueno, y enviaba sus rayos bailando alegremente por todo el Valle.

Claus estaba comiendo su cena un día cuando oyó un golpe tímido en su puerta.

—¡Entrad! —llamó.

Nadie entró, pero tras una pausa vino otro golpeteo.

Claus saltó y abrió la puerta de par en par. Ante él estaba una niña pequeña sosteniendo a un hermano más pequeño fuertemente de la mano.

—¿Eles Tlaus? —preguntó ella, tímidamente.

—¡Ciertamente lo soy, querida mía! —respondió él, con una risa, mientras cogía a ambos niños en sus brazos y los besaba—. Sois muy bienvenidos, y habéis venido justo a tiempo para compartir mi cena.

Los llevó a la mesa y los alimentó con leche fresca y pasteles de nueces. Cuando hubieron comido suficiente preguntó:

—¿Por qué habéis hecho este largo viaje para verme?

—¡Quielo un t-tato! —respondió la pequeña Mayrie; y su hermano, que aún no había aprendido a decir muchas palabras, asintió con la cabeza y exclamó como un eco:

—¡Tato!

—Oh, queréis mis gatos de juguete, ¿verdad? —replicó Claus, grandemente complacido al descubrir que sus creaciones eran tan populares entre los niños.

Los pequeños visitantes asintieron con avidez.

—Desafortunadamente —continuó él—, no tengo más que un gato listo ahora, pues llevé dos a niños en el pueblo ayer. Y el que tengo se le dará a tu hermano, Mayrie, porque él es el más pequeño; y el próximo que haga será para ti.

La cara del niño estaba brillante de sonrisas mientras tomaba el precioso juguete que Claus le tendía; pero la pequeña Mayrie se cubrió la cara con el brazo y comenzó a sollozar penosamente.

—¡Y—y—yo quiero un t—t—tato ahora! —gimió.

Su decepción hizo que Claus se sintiera miserable por un momento. Entonces recordó de repente a Shiegra.

—¡No llores, cariño! —dijo él, tranquilizadamente—; tengo un juguete mucho más bonito que un gato, y tú tendrás ese.

Fue a la alacena y sacó la imagen de la leona, que colocó sobre la mesa ante Mayrie.

La niña levantó el brazo y dio una sola mirada a los dientes feroces y los ojos deslumbrantes de la bestia, y entonces, profiriendo un grito aterrorizado, salió corriendo de la casa. El niño la siguió, gritando también con fuerza, e incluso dejando caer su precioso gato en su miedo.

Por un momento Claus permaneció inmóvil, estando perplejo y asombrado. Luego arrojó la imagen de Shiegra a la alacena y corrió tras los niños, llamándolos para que no se asustaran.

La pequeña Mayrie se detuvo en su huida y su hermano se aferró a su falda; pero ambos lanzaron miradas temerosas a la casa hasta que Claus les hubo asegurado muchas veces que la bestia había sido encerrada en la alacena.

—Sin embargo, ¿por qué os asustasteis al verla? —preguntó—. ¡Es solo un juguete para jugar!

—¡Es malo! —dijo Mayrie, decididamente—, y... y... ¡simplemente horrible, y ni un poco bonito, como los tatos!

—Quizás tienes razón —replicó Claus, pensativamente—. Pero si volvéis conmigo a la casa pronto os haré un gato bonito.

Así que entraron tímidamente en la casa de nuevo, teniendo fe en las palabras de su amigo; y después tuvieron la alegría de ver a Claus tallar un gato de un trozo de madera y pintarlo en colores naturales. No le llevó mucho tiempo hacer esto, pues se había vuelto hábil con su cuchillo para entonces, y Mayrie amó su juguete más entrañablemente porque lo había visto hacer.

Después de que sus pequeños visitantes se hubieron marchado trotando en su viaje a casa, Claus se sentó largo rato en profunda reflexión. Y entonces decidió que criaturas tan feroces como su amiga la leona nunca servirían como modelos a partir de los cuales formar sus juguetes.

—No debe haber nada que asuste a los queridos bebés — reflexionó—; y aunque yo conozco bien a Shiegra, y no le tengo miedo, es solo natural que los niños miren su imagen con terror. En adelante elegiré animales de modales tan suaves como ardillas y conejos y ciervos y corderitos de los cuales tallar mis juguetes, pues entonces los pequeños los amarán en lugar de temerlos.

Comenzó su trabajo ese mismo día, y antes de la hora de dormir había hecho un conejo de madera y un cordero. No eran tan realistas como los gatos habían sido, porque fueron formados de memoria, mientras que Blinkie se había sentado muy quieta para que Claus la mirara mientras trabajaba.

Pero los nuevos juguetes complacieron a los niños no obstante, y la fama de los juguetes de Claus se extendió rápidamente a cada cabaña en la llanura y en la aldea. Él siempre llevaba sus regalos a los niños enfermos o lisiados, pero aquellos que eran lo bastante fuertes caminaban hasta la casa en el Valle para pedirlos, así que pronto se desgastó un pequeño sendero desde la llanura hasta la puerta de la cabaña del fabricante de juguetes.

Primero vinieron los niños que habían sido compañeros de juego de Claus, antes de que empezara a hacer juguetes. Estos, podéis estar seguros, fueron bien provistos. Luego los niños que vivían más lejos oyeron de las maravillosas imágenes e hicieron viajes al Valle para conseguirlas. Todos los pequeños eran bienvenidos, y nunca ninguno se fue con las manos vacías.

Esta demanda de su obra mantenía a Claus ocupado, pero él era bastante feliz sabiendo el placer que daba a tantos de los queridos niños. Sus amigos los inmortales estaban complacidos con su éxito y lo apoyaban valientemente.

Los Knooks seleccionaban para él piezas claras de madera blanda, para que su cuchillo no se desafilara al cortarlas; los Ryls lo mantenían provisto de pinturas de todos los colores y pinceles hechos de las puntas de hierba timotea; las Hadas descubrieron que el trabajador necesitaba sierras y cinceles y martillos y clavos, así como cuchillos, y le trajeron un buen surtido de tales herramientas.

Claus pronto convirtió su sala de estar en un taller maravilloso. Construyó un banco ante la ventana, y arregló sus herramientas y pinturas de modo que pudiera alcanzarlo todo mientras se sentaba en su taburete. Y mientras terminaba juguete tras juguete para deleitar los corazones de los niños pequeños, se encontró poniéndose tan alegre y feliz que no podía refrenarse de cantar y reír y silbar todo el día.

—¡Es porque vivo en el Valle Risueño, donde todo lo demás ríe! — dijo Claus.

Pero esa no era la razón.

5. CÓMO BESSIE BLITHESOME LLEGÓ AL VALLE RISUEÑO

Un día, mientras Claus estaba sentado ante su puerta para disfrutar de la luz del sol mientras tallaba afanosamente la cabeza y los cuernos de un ciervo de juguete, levantó la vista y descubrió una brillante cabalgata de jinetes que se acercaba a través del Valle.

Cuando se acercaron más, vio que la banda consistía en una veintena de hombres de armas, vestidos con armaduras brillantes y portando en sus manos lanzas y hachas de guerra. Delante de estos cabalgaba la pequeña Bessie Blithesome, la linda hija de aquel orgulloso Señor de Lerd que una vez había expulsado a Claus de su palacio. Su palafrén era blanco puro, su brida estaba cubierta de gemas centelleantes y su silla cubierta con tela de oro, ricamente bordada. Los soldados habían sido enviados para protegerla de cualquier daño mientras viajaba.

Claus estaba sorprendido, pero continuó tallando y cantando hasta que la cabalgata se detuvo ante él. Entonces la niña se inclinó sobre el cuello de su palafrén y dijo:

—Por favor, Sr. Claus, ¡quiero un juguete!

Su voz era tan suplicante que Claus se levantó de un salto y se paró junto a ella. Pero estaba desconcertado sobre cómo responder a su petición.

—Eres la hija de un rico señor —dijo él—, y tienes todo lo que deseas.

—Excepto juguetes —añadió Bessie—. No hay juguetes en todo el mundo salvo los tuyos.

—Y yo los hago para los niños pobres, que no tienen nada más para divertirse —continuó Claus.

—¿Aman los niños pobres jugar con juguetes más que los ricos? —preguntó Bessie.

—Supongo que no —dijo Claus, pensativamente.

—¿Tengo yo la culpa de que mi padre sea un señor? ¿Debo ser privada de los bonitos juguetes que anhelo porque otros niños son más pobres que yo? —inquirió ella con seriedad.

—Temo que debes serlo, querida —respondió él—; pues los pobres no tienen nada más con lo que divertirse. Tú tienes tu poni para montar, tus sirvientes para atenderte y toda comodidad que el dinero puede procurar.

—¡Pero yo quiero juguetes! —gritó Bessie, enjugándose las lágrimas que se forzaban en sus ojos—. Si no puedo tenerlos, seré muy infeliz.

Claus estaba turbado, pues el dolor de ella le recordaba el pensamiento de que su deseo era hacer felices a todos los niños, sin importar su condición en la vida. Sin embargo, mientras tantos niños pobres clamaban por sus juguetes, no podía soportar dar uno de ellos a Bessie Blithesome, que ya tenía tanto para hacerla feliz.

—Escucha, mi niña —dijo él, gentilmente—; todos los juguetes que estoy haciendo ahora están prometidos a otros. Pero el próximo será tuyo, ya que tu corazón lo anhela tanto. Ven a mí de nuevo en dos días y estará listo para ti.

Bessie dio un grito de deleite y, inclinándose sobre el cuello de su poni, besó a Claus bellamente en su frente. Luego, llamando a sus hombres de armas, se alejó alegremente cabalgando, dejando a Claus reanudar su trabajo.

«¡Si he de abastecer a los niños ricos así como a los pobres —pensó—, no tendré un momento libre en todo el año! ¿Pero es correcto que dé a los ricos? Seguramente debo ir a Necile y hablar con ella sobre este asunto».

Así que cuando hubo terminado el ciervo de juguete, que era muy parecido a un ciervo que había conocido en los claros del Bosque, caminó hacia Burzee y se dirigió a la glorieta de la hermosa Ninfa Necile, que había sido su madre adoptiva.

Ella lo saludó tierna y amorosamente, escuchando con interés su historia de la visita de Bessie Blithesome.

—Y ahora dime —dijo él—, ¿debo dar juguetes a los niños ricos?

—Nosotros, los del Bosque, no sabemos nada de riquezas —respondió ella—. Me parece que un niño es como otro niño, ya que todos están hechos de la misma arcilla, y que las riquezas son como un vestido, que puede ponerse o quitarse, dejando al niño inalterado. Pero las Hadas son guardianas de la humanidad y conocen a los niños mortales mejor que yo. Llamemos a la Reina de las Hadas.

Esto se hizo, y la Reina de las Hadas se sentó junto a ellos y oyó a Claus relatar sus razones para pensar que los niños ricos podían arreglárselas sin sus juguetes, y también lo que la Ninfa había dicho.

—Necile tiene razón —declaró la Reina—; pues, ya sea rico o pobre, los anhelos de un niño por bonitos juguetes son naturales. El corazón de la rica Bessie puede sufrir tanta pena como el de la pobre Mayrie; ella puede estar igual de sola y descontenta, y igual de alegre y feliz. Creo, amigo Claus, que es tu deber hacer felices a todos los pequeños, ya sea que por azar vivan en palacios o en cabañas.

—Tus palabras son sabias, bella Reina —respondió Claus—, y mi corazón me dice que son tan justas como sabias. De ahora en adelante todos los niños pueden reclamar mis servicios.

Entonces se inclinó ante la graciosa Hada y, besando los labios rojos de Necile, regresó a su Valle.

En el arroyo se detuvo a beber, y después se sentó en la orilla y tomó un trozo de arcilla húmeda en sus manos mientras pensaba qué clase de juguete debería hacer para Bessie Blithesome. No notó

que sus dedos estaban trabajando la arcilla dándole forma hasta que, mirando hacia abajo, descubrió que había formado inconscientemente una cabeza que guardaba un ligero parecido con la Ninfa Necile!

De inmediato se interesó. Recogiendo más arcilla de la orilla, la llevó a su casa. Luego, con la ayuda de su cuchillo y un trozo de madera, logró trabajar la arcilla hasta convertirla en la imagen de una ninfa de juguete. Con golpes hábiles formó un cabello largo y ondulado en la cabeza y cubrió el cuerpo con un vestido de hojas de roble, mientras que los dos pies que asomaban por la parte inferior del vestido estaban calzados con sandalias.

Pero la arcilla estaba blanda, y Claus encontró que debía manejarla con cuidado para evitar arruinar su bonita obra.

—Quizás los rayos del sol extraigan la humedad y hagan que la arcilla se endurezca —pensó.

Así que puso la imagen sobre una tabla plana y la colocó bajo el resplandor del sol.

Hecho esto, fue a su banco y comenzó a pintar el ciervo de juguete, y pronto se interesó tanto en el trabajo que se olvidó por completo de la ninfa de arcilla. Pero a la mañana siguiente, al notar por casualidad que yacía en la tabla, encontró que el sol la había cocido hasta la dureza de la piedra, y era lo bastante fuerte para ser manejada con seguridad.

Claus pintó entonces a la ninfa con gran cuidado a semejanza de Necile, dándole ojos de un azul profundo, dientes blancos, labios rosados y cabello castaño rojizo. El vestido lo coloreó de verde hoja de roble, y cuando la pintura estuvo seca, el propio Claus quedó encantado con el nuevo juguete. Por supuesto, no era ni de lejos tan encantadora como la verdadera Necile; pero, considerando el material del que estaba hecha, Claus pensó que era muy hermosa.

Cuando Bessie, montada en su palafrén blanco, llegó a su vivienda al día siguiente, Claus le presentó el nuevo juguete. Los ojos de la niña brillaron más que nunca mientras examinaba la bonita imagen,

y la amó de inmediato, y la sostuvo cerca de su pecho, como una madre hace con su hijo.

—¿Cómo se llama, Claus? —preguntó ella.

Ahora bien, Claus sabía que a las Ninfas no les gusta que los mortales hablen de ellas, así que no podía decirle a Bessie que era una imagen de Necile lo que le había dado. Pero como era un juguete nuevo buscó en su mente un nuevo nombre para llamarlo, y decidió que la primera palabra que se le ocurriera serviría muy bien.

—Se llama una muñeca, querida mía —le dijo a Bessie.

—Llamaré a la muñeca mi bebé —replicó Bessie, besándola cariñosamente—; y la atenderé y la cuidaré tal como la Nodriza me cuida a mí. ¡Muchas gracias, Claus; tu regalo me ha hecho más feliz de lo que nunca he sido antes!

Entonces se alejó cabalgando, abrazando el juguete en sus brazos, y Claus, viendo su deleite, pensó que haría otra muñeca, mejor y más natural que la primera.

Trajo más arcilla del arroyo y, recordando que Bessie había llamado a la muñeca su bebé, resolvió formar esta a la imagen de un bebé. Aquella no fue una tarea difícil para el hábil trabajador, y pronto la muñeca bebé yacía sobre la tabla y era puesta al sol para secarse. Entonces, con la arcilla que quedaba, comenzó a hacer una imagen de la propia Bessie Blithesome.

Esto no fue tan fácil, pues encontró que no podía hacer el vestido de seda de la hija del señor con la arcilla común. Así que llamó a las Hadas en su ayuda y les pidió que le trajeran sedas de colores con las que hacer un vestido real para la imagen de arcilla. Las Hadas partieron de inmediato a su recado, y antes del anochecer regresaron con un generoso suministro de sedas y encajes e hilos dorados.

Claus se impacientó entonces por completar su nueva muñeca y, en lugar de esperar al sol del día siguiente, colocó la imagen de arcilla sobre su hogar y la cubrió con brasas ardientes. Por la

mañana, cuando sacó la muñeca de las cenizas, se había cocido tan dura como si hubiera yacido un día entero bajo el sol caliente.

Ahora nuestro Claus se convirtió en modisto además de fabricante de juguetes. Cortó la seda lavanda y cosió pulcramente un hermoso vestido que se ajustaba perfectamente a la nueva muñeca. Y le puso un cuello de encaje alrededor del cuello y zapatos de seda rosa en los pies. El color natural de la arcilla cocida es un gris claro, pero Claus pintó la cara para que se pareciera al color de la carne, y le dio a la muñeca los ojos marrones, el cabello dorado y las mejillas sonrosadas de Bessie.

Era realmente una cosa hermosa de contemplar, y segura de traer alegría a algún corazón infantil. Mientras Claus la admiraba oyó un golpe en su puerta, y la pequeña Mayrie entró. Su cara estaba triste y sus ojos rojos de tanto llorar.

—Vaya, ¿qué te ha apenado, querida mía? —preguntó Claus, tomando a la niña en sus brazos.

—¡H... he... woto mi tato! —sollozó Mayrie.

—¿Cómo? —inquirió él, con los ojos centelleando.

—¡Lo... lo dejé caer y le wompí la cola; y... y... luego lo dejé caer y le wompí la oleja! ¡Y... y ahora está todo estwopeado!

Claus rio.

—No importa, querida Mayrie —dijo—. ¿Cómo te gustaría esta nueva muñeca, en lugar de un gato?

Mayrie miró a la muñeca vestida de seda y sus ojos se agrandaron de asombro.

—¡Oh, Tlaus! —gritó ella, aplaudiendo con sus manitas con arrebató—; ¿puedo tener esa hewmosa dama?

—¿Te gusta? —preguntó él.

—¡La amo! —dijo ella—. ¡Es mejor que los tatos!

—Entonces tómala, querida, y ten cuidado de no romperla.

Mayrie tomó la muñeca con una alegría que era casi reverente, y su cara se llenó de hoyuelos con sonrisas mientras comenzaba a caminar por el sendero hacia casa.

6. LA MALDAD DE LOS AWGWAS

Debo contaros ahora algo sobre los Awwgas, esa terrible raza de criaturas que causó a nuestro buen Claus tantos problemas y casi tuvo éxito en robar a los niños del mundo su primer y mejor amigo.

No me gusta mencionar a los Awwgas, pero son parte de esta historia y no pueden ser ignorados. No eran ni mortales ni inmortales, sino que se situaban a medio camino entre esas clases de seres. Los Awwgas eran invisibles para la gente ordinaria, pero no para los inmortales. Podían pasar velozmente a través del aire de una parte del mundo a otra, y tenían el poder de influir en las mentes de los seres humanos para hacer su malvada voluntad.

Eran de estatura gigantesca y tenían semblantes toscos y ceñudos que mostraban claramente su odio hacia toda la humanidad. No poseían conciencia alguna y se deleitaban solo en las malas acciones.

Sus hogares estaban en lugares rocosos y montañosos, desde donde salían para cumplir sus perversos propósitos.

Aquel de su número que podía pensar en la acción más horrible para que ellos la hicieran era siempre elegido el Rey Awwga, y toda la raza obedecía sus órdenes. A veces estas criaturas vivían hasta cumplir cien años, pero usualmente luchaban tan ferozmente entre ellos que muchos eran destruidos en combate, y cuando morían ese

era su fin. Los mortales eran impotentes para dañarlos y los inmortales se estremecían cuando se mencionaba a los Awgwas, y siempre los evitaban. Así que florecieron durante muchos años sin oposición y lograron mucho mal.

Me alegra asegurarnos que estas viles criaturas perecieron hace mucho tiempo y desaparecieron de la tierra; pero en los días en que Claus estaba haciendo sus primeros juguetes eran una tribu numerosa y poderosa.

Uno de los principales deportes de los Awgwas era inspirar pasiones airadas en los corazones de los niños pequeños, de modo que se peleaban y luchaban unos con otros. Tentaban a los niños a comer fruta verde, y luego se deleitaban en el dolor que sufrían; instaban a las niñas pequeñas a desobedecer a sus padres, y luego se reían cuando las niñas eran castigadas. No sé qué causa que un niño sea travieso en estos días, pero cuando los Awgwas estaban en la tierra los niños traviesos estaban usualmente bajo su influencia.

Ahora bien, cuando Claus comenzó a hacer felices a los niños los mantuvo fuera del poder de los Awgwas; pues los niños que poseían juguetes tan encantadores como los que él les daba no tenían deseo de obedecer los malos pensamientos que los Awgwas trataban de empujar en sus mentes.

Por lo tanto, un año, cuando la tribu malvada iba a elegir un nuevo Rey, escogieron a un Awgwa que propuso destruir a Claus y apartarlo de los niños.

—Hay, como sabéis, menos niños traviesos en el mundo desde que Claus vino al Valle Risueño y comenzó a hacer sus juguetes — dijo el nuevo Rey, mientras se ponía en cuclillas sobre una roca y miraba alrededor a los rostros ceñudos de su gente—. ¡Vaya!, Bessie Blithesome no ha pateado el suelo ni una vez este mes, ni el hermano de Mayrie ha abofeteado la cara de su hermana o arrojado al cachorro al barril de lluvia. ¡El pequeño Weekum tomó su baño anoche sin gritar ni luchar, porque su madre había prometido que se llevaría su gato de juguete a la cama con él! Tal estado de cosas es

horrible de pensar para cualquier Awgwa, y la única manera en que podemos dirigir las acciones traviesas de los niños es quitarles a esta persona, Claus.

—¡Bien! ¡Bien! —gritaron los grandes Awgwas, a coro, y aplaudieron con sus manos para celebrar el discurso del Rey.

—¿Pero qué haremos con él? —preguntó una de las criaturas.

—Tengo un plan —respondió el malvado Rey; y cuál era su plan lo descubriréis pronto.

Esa noche Claus se fue a la cama sintiéndose muy feliz, pues había completado no menos de cuatro bonitos juguetes durante el día, y seguro servirían, pensaba, para hacer felices a cuatro niños pequeños. Pero mientras dormía la banda de invisibles Awgwas rodeó su cama, lo ató con fuertes cuerdas y luego voló con él hasta el medio de un bosque oscuro en la lejana Ethop, donde lo depositaron y lo abandonaron.

Cuando llegó la mañana, Claus se encontró a miles de millas de cualquier ser humano, prisionero en la jungla salvaje de una tierra desconocida.

De la rama de un árbol sobre su cabeza se balanceaba una enorme pitón, uno de esos reptiles que son capaces de triturar los huesos de un hombre en sus anillos. A unas pocas yardas se agazapaba una pantera salvaje, con sus deslumbrantes ojos rojos fijados de lleno en el indefenso Claus. Una de esas monstruosas arañas manchadas cuya picadura es la muerte se arrastraba sigilosamente hacia él sobre las hojas apelmazadas, que se marchitaban y se volvían negras a su mero contacto.

Pero Claus había sido criado en Burzee y no tenía miedo.

—¡Venid a mí, oh Knooks del Bosque! —gritó, y dio el silbido bajo y peculiar que conocen los Knooks.

La pantera, que estaba a punto de saltar sobre su víctima, se volvió y se alejó furtivamente. La pitón se balanceó hacia el árbol y

desapareció entre las hojas. La araña se detuvo en seco en su avance y se escondió bajo un tronco podrido.

Claus no tuvo tiempo de fijarse en ellos, pues estaba rodeado por una banda de Knooks de rasgos duros, más encorvados y deformes en apariencia que cualquiera que hubiera visto jamás.

—¿Quién eres tú que nos llamas? —demandó uno, con voz ronca.

—El amigo de vuestros hermanos en Burzee —respondió Claus—. He sido traído aquí por mis enemigos, los Awgwas, y dejado para perecer miserablemente. Sin embargo, ahora imploro vuestra ayuda para liberarme y enviarme a casa de nuevo.

—¿Tienes la señal? —preguntó otro.

—Sí —dijo Claus.

Cortaron sus ataduras, y con sus brazos libres él hizo la señal secreta de los Knooks.

Al instante lo ayudaron a ponerse de pie, y le trajeron comida y bebida para fortalecerlo.

—Nuestros hermanos de Burzee hacen amigos extraños —refunfuñó un antiguo Knook cuya barba flotante era blanca pura—. Pero aquel que conoce nuestra señal y signo secretos tiene derecho a nuestra ayuda, sea quien sea. Cierra tus ojos, extranjero, y te conduciremos a tu hogar. ¿Dónde debemos buscarlo?

—Está en el Valle Risueño —respondió Claus, cerrando los ojos.

—No hay más que un Valle Risueño en el mundo conocido, así que no podemos extraviarnos —comentó el Knook.

Mientras hablaba, el sonido de su voz pareció desvanecerse, así que Claus abrió los ojos para ver qué causaba el cambio. Para su asombro se encontró sentado en el banco junto a su propia puerta, con el Valle Risueño extendido ante él. Ese día visitó a las Ninfas del Bosque y relató su aventura a la Reina Zurline y a Necile.

—Los Awgwas se han convertido en tus enemigos —dijo la encantadora Reina, pensativamente—; así que debemos hacer todo

lo que podamos para protegerte de su poder.

—Fue cobarde atarlo mientras dormía —comentó Necile, con indignación.

—Los malvados son siempre cobardes —respondió Zurline—, pero el sueño de nuestro amigo no será perturbado de nuevo.

La propia Reina fue a la vivienda de Claus esa tarde y colocó su Sello en cada puerta y ventana, para mantener fuera a los Awgwas. Y bajo el Sello de la Reina Zurline se colocó el Sello de las Hadas y el Sello de los Ryls y los Sellos de los Knooks, para que el encanto pudiera volverse más poderoso.

Y Claus llevó sus juguetes a los niños otra vez, e hizo felices a muchos más de los pequeños.

Podéis adivinar cuán enojados estaban el Rey Awgwa y su feroz banda cuando supieron que Claus había escapado del Bosque de Ethop.

Se enfurecieron locamente durante una semana entera, y luego celebraron otra reunión entre las rocas.

—Es inútil llevarlo donde reinan los Knooks —dijo el Rey—, pues tiene su protección. Así que arrojémoslo en una cueva de nuestras propias montañas, donde seguramente perecerá.

Esto se acordó prontamente, y la banda malvada partió esa noche para apresar a Claus. Pero encontraron su vivienda custodiada por los Sellos de los Inmortales y se vieron obligados a marcharse desconcertados y decepcionados.

—¡No importa —dijo el Rey—; él no duerme siempre!

Al día siguiente, mientras Claus viajaba a la aldea al otro lado de la llanura, donde pretendía regalar una ardilla de juguete a un niño cojo, fue asaltado repentinamente por los Awgwas, quienes lo apresaron y se lo llevaron a las montañas.

Allí lo empujaron dentro de una caverna profunda y rodaron muchas rocas enormes contra la entrada para impedir su escape.

Privado así de luz y comida, y con poco aire para respirar, nuestro Claus estaba, ciertamente, en una situación lamentable. Pero pronunció las palabras místicas de las Hadas, que siempre comandan su ayuda amistosa, y ellas acudieron a su rescate y lo transportaron al Valle Risueño en un abrir y cerrar de ojos.

Así descubrieron los Awgwas que no podían destruir a uno que se había ganado la amistad de los inmortales; por lo tanto, la banda malvada buscó otros medios para impedir que Claus llevara felicidad a los niños y los hiciera así obedientes.

Siempre que Claus partía para llevar sus juguetes a los pequeños, un Awgwa, que había sido puesto para vigilar sus movimientos, saltaba sobre él y le arrebatava los juguetes de las manos. Y los niños no estaban más decepcionados que Claus cuando se veía obligado a regresar a casa desconsolado. Aún así perseveró, e hizo muchos juguetes para sus pequeños amigos y partió con ellos hacia las aldeas. Y siempre los Awgwas le robaban tan pronto como había dejado el Valle.

Arrojaban los juguetes robados en una de sus cavernas solitarias, y se acumuló un montón bastante grande de juguetes antes de que Claus se desanimara y abandonara todo intento de salir del Valle. Entonces los niños comenzaron a venir a él, puesto que encontraban que él no iba a ellos; pero los malvados Awgwas volaban alrededor de ellos y causaban que sus pasos se extraviaran y los caminos se volvieran tortuosos, así que nunca un pequeño podía encontrar un camino hacia el Valle Risueño.

Días solitarios cayeron ahora sobre Claus, pues se le negaba el placer de llevar felicidad a los niños a quienes había aprendido a amar. Sin embargo, resistió valientemente, pues pensaba que seguramente llegaría el momento en que los Awgwas abandonarían sus malvados designios de dañarlo.

Dedicó todas sus horas a la fabricación de juguetes, y cuando un juguete había sido completado lo ponía en un estante que había construido para ese propósito. Cuando el estante se llenó con filas

de juguetes hizo otro, y llenó ese también. De modo que con el tiempo tuvo muchos estantes llenos de alegres y hermosos juguetes representando caballos, perros, gatos, elefantes, corderos, conejos y ciervos, así como bonitas muñecas de todos los tamaños y pelotas y canicas de arcilla cocida pintadas en colores alegres.

A menudo, al mirar este despliegue de tesoros infantiles, el corazón del buen viejo Claus se entristecía, tan grandemente anhelaba llevar los juguetes a sus niños. Y por fin, porque no podía soportarlo más, se aventuró a ir al gran Ak, a quien contó la historia de su persecución por los Awgwas, y rogó al Maestro Leñador que lo ayudara.

7. LA GRAN BATALLA ENTRE EL BIEN Y EL MAL

Ak escuchó gravemente el relato de Claus, acariciándose la barba todo el tiempo con el movimiento lento y gracioso que denotaba pensamiento profundo. Asintió con aprobación cuando Claus contó cómo los Knooks y las Hadas lo habían salvado de la muerte, y frunció el ceño cuando oyó cómo los Awgwas habían robado los juguetes de los niños. Al fin dijo:

—Desde el principio he aprobado el trabajo que estás haciendo entre los hijos de los hombres, y me molesta que tus buenas acciones sean frustradas por los Awgwas. Nosotros, los inmortales, no tenemos conexión alguna con las criaturas malvadas que te han atacado. Siempre las hemos evitado, y ellas, a su vez, han tenido cuidado hasta ahora de no cruzar nuestro camino. Pero en este

asunto encuentro que han interferido con uno de nuestros amigos, y les pediré que abandonen sus persecuciones, ya que estás bajo nuestra protección.

Claus agradeció al Maestro Leñador muy sinceramente y regresó a su Valle, mientras Ak, que nunca se demoraba en llevar a cabo sus promesas, viajó de inmediato a las montañas de los Awgwas.

Allí, de pie sobre las rocas desnudas, llamó al Rey y a su gente para que aparecieran.

Al instante el lugar se llenó con multitudes de Awgwas ceñudos, y su Rey, encaramándose en una punta de roca, demandó ferozmente:

—¿Quién se atreve a llamarnos?

—Soy yo, el Maestro Leñador del Mundo —respondió Ak.

—Aquí no hay bosques que reclamar —gritó el Rey, airadamente—. ¡No te debemos lealtad, ni a ningún inmortal!

—Eso es cierto —replicó Ak, calmadamente—. Sin embargo, os habéis aventurado a interferir con las acciones de Claus, que mora en el Valle Risueño y está bajo nuestra protección.

Muchos de los Awgwas comenzaron a murmurar ante este discurso, y su Rey se volvió amenazadoramente hacia el Maestro Leñador.

—¡Tú estás puesto para gobernar los bosques, pero las llanuras y los valles son nuestros! —gritó—. ¡Quédate en tus propios bosques oscuros! Haremos lo que nos plazca con Claus.

—¡No dañaréis a nuestro amigo de ninguna manera! —replicó Ak.

—¿No lo haremos? —preguntó el Rey, impudentemente—. ¡Ya verás! Nuestros poderes son vastamente superiores a los de los mortales, y plenamente tan grandes como los de los inmortales.

—¡Es vuestra vanidad lo que os extravía! —dijo Ak, severamente—. Sois una raza transitoria, pasando de la vida a la nada. Nosotros, que vivimos para siempre, nos compadecemos de vosotros, pero os despreciamos. ¡En la tierra sois desdeñados por todos, y en el Cielo

no tenéis lugar! Incluso los mortales, después de su vida terrenal, entran en otra existencia para siempre, y por tanto son vuestros superiores. ¿Cómo os atrevéis entonces, vosotros que no sois ni mortales ni inmortales, a rehusar obedecer mi deseo?

Los Awgwas saltaron a sus pies con gestos amenazadores, pero su Rey les indicó que retrocedieran.

—¡Nunca antes —gritó a Ak, mientras su voz temblaba de rabia—, se ha declarado un inmortal el amo de los Awgwas! ¡Nunca se aventurará un inmortal a interferir con nuestras acciones de nuevo! Pues vengaremos tus palabras desdeñosas matando a tu amigo Claus dentro de tres días. Ni tú, ni todos los inmortales podéis salvarlo de nuestra ira. ¡Desafiamos vuestros poderes! ¡Márchate, Maestro Leñador del Mundo! En el país de los Awgwas no tienes lugar.

—¡Es la guerra! —declaró Ak, con ojos centelleantes.

—¡Es la guerra! —replicó el Rey, salvajemente—. En tres días tu amigo estará muerto.

El Maestro se alejó y vino a su Bosque de Burzee, donde convocó una reunión de los inmortales y les contó el desafío de los Awgwas y su propósito de matar a Claus dentro de tres días.

La gente pequeña le escuchó tranquilamente.

—¿Qué haremos? —preguntó Ak.

—Estas criaturas no son de ningún beneficio para el mundo —dijo el Príncipe de los Knooks—; debemos destruirlas.

—Sus vidas están dedicadas solo a malas acciones —dijo el Príncipe de los Ryls—. Debemos destruirlas.

—No tienen conciencia, y se esfuerzan por hacer a todos los mortales tan malos como ellos mismos —dijo la Reina de las Hadas—. Debemos destruirlas.

—Han desafiado al gran Ak, y amenazan la vida de nuestro hijo adoptivo —dijo la bella Reina Zurline—. Debemos destruirlas.

El Maestro Leñador sonrió.

—Habláis bien —dijo él—. Sabemos que estos Awgwas son una raza poderosa, y lucharán desesperadamente; sin embargo, el resultado es seguro. Pues nosotros, que vivimos, nunca podemos morir, aunque seamos conquistados por nuestros enemigos, mientras que cada Awgwa que es derribado es un enemigo menos para oponerse a nosotros. ¡Preparaos, entonces, para la batalla, y resolvamos no mostrar piedad con los malvados!

Así surgió esa terrible guerra entre los inmortales y los espíritus del mal de la que se canta en el País de las Hadas hasta el día de hoy.

El Rey Awgwa y su banda determinaron llevar a cabo la amenaza de destruir a Claus. Ahora lo odiaban por dos razones: hacía felices a los niños y era amigo del Maestro Leñador. Pero desde la visita de Ak tenían razón para temer la oposición de los inmortales, y temían la derrota. Así que el Rey envió veloces mensajeros a todas partes del mundo para convocar a cada criatura maligna en su ayuda.

Y al tercer día después de la declaración de guerra un poderoso ejército estaba al mando del Rey Awgwa. Había trescientos Dragones Asiáticos, respirando fuego que consumía todo lo que tocaba. Estos odiaban a la humanidad y a todos los buenos espíritus. Y estaban los Gigantes de tres ojos de Tartaria, una multitud en sí mismos, a quienes nada gustaba más que luchar. Y luego vinieron los Demonios Negros de Patalonia, con grandes alas extendidas como las de un murciélago, que barrían terror y miseria por el mundo mientras batían el aire. Y unidos a estos estaban los Goblins Goozzle, con largas garras tan afiladas como espadas, con las que arrancaban la carne de sus enemigos. Finalmente, cada Awgwa de montaña en el mundo había venido para participar en la gran batalla con los inmortales.

El Rey Awgwa miró a su alrededor a este vasto ejército y su corazón latió alto con orgullo malvado, pues creía que seguramente triunfaría sobre sus gentiles enemigos, de quienes nunca antes se

había sabido que lucharán. Pero el Maestro Leñador no había estado ocioso. Ninguno de su pueblo estaba acostumbrado a la guerra, sin embargo, ahora que eran llamados a enfrentar a las huestes del mal, se prepararon voluntariamente para la refriega.

Ak les había ordenado reunirse en el Valle Risueño, donde Claus, ignorante de la terrible batalla que iba a librarse por su causa, estaba haciendo tranquilamente sus juguetes.

Pronto el Valle entero, de colina a colina, estuvo lleno con los pequeños inmortales. El Maestro Leñador estaba primero, portando un hacha reluciente que brillaba como plata bruñida. Luego venían los Ryls, armados con espinas afiladas de zarzas. Entonces los Knooks, portando las lanzas que usaban cuando se veían forzados a aguijonear a sus bestias salvajes hacia la sumisión. Las Hadas, vestidas de gasa blanca con alas de tonos del arcoíris, portaban varitas doradas, y las Ninfas del Bosque, en sus uniformes de verde hoja de roble, llevaban varas de fresno como armas.

Fuerte rio el Rey Awgwa cuando contempló el tamaño y las armas de sus enemigos. Ciertamente, la poderosa hacha del Leñador era de temer, pero las Ninfas de rostro dulce y las bonitas Hadas, los gentiles Ryls y los encorvados Knooks eran gente tan inofensiva que casi sintió vergüenza de haber llamado a una hueste tan terrible para oponerse a ellos.

—¡Puesto que estos tontos se atreven a luchar —dijo al líder de los Gigantes de Tartaria—, los aplastaré con nuestros poderes malignos!

Para comenzar la batalla sopesó una gran piedra en su mano izquierda y la arrojó de lleno contra la robusta forma del Maestro Leñador, quien la desvió con su hacha. Entonces se precipitaron los Gigantes de tres ojos de Tartaria sobre los Knooks, y los Goblins Goozzle sobre los Ryls, y los Dragones que respiraban fuego sobre las dulces Hadas. Debido a que las Ninfas eran la propia gente de Ak, la banda de Awgwas las buscó, pensando vencerlas con facilidad.

Pero es la Ley que mientras el Mal, sin oposición, puede lograr hechos terribles, los poderes del Bien nunca pueden ser derrocados cuando se oponen al Mal. ¡Bien le habría ido al Rey Awgwa si hubiera conocido la Ley!

Su ignorancia le costó su existencia, pues un destello del hacha portada por el Maestro Leñador del Mundo partió al malvado Rey en dos y libró a la tierra de la criatura más vil que contenía.

Grandemente se maravillaron los Gigantes de Tartaria cuando las lanzas de los pequeños Knooks perforaron sus gruesas paredes de carne y los enviaron tambaleándose al suelo con aullidos de agonía.

El infortunio cayó sobre los Goblins de afiladas garras cuando las espinas de los Ryls alcanzaron sus corazones salvajes y dejaron que su sangre vital rociara toda la llanura. Y después, de cada gota creció un cardo.

Los Dragones se detuvieron atónitos ante las varitas de las Hadas, de donde brotaba un poder que causaba que sus alientos de fuego fluyeran de vuelta sobre ellos mismos de modo que se consumieron y murieron.

En cuanto a los Awgwas, tuvieron escaso tiempo para darse cuenta de cómo eran destruidos, pues las varas de fresno de las Ninfas portaban un encanto desconocido para cualquier Awgwa, ¡y convertían a sus enemigos en terrones de tierra al más leve toque!

Cuando Ak se apoyó sobre su hacha reluciente y se volvió para mirar sobre el campo de batalla, vio a los pocos Gigantes que eran capaces de correr desapareciendo sobre las colinas distantes en su regreso a Tartaria. Los Goblins habían perecido todos y cada uno, al igual que los terribles Dragones, mientras que todo lo que quedaba de los malvados Awgwas era un gran número de montículos de tierra salpicando la llanura.

Y ahora los inmortales se fundieron del Valle como el rocío al amanecer, para reanudar sus deberes en el Bosque, mientras Ak caminaba lenta y pensativamente hacia la casa de Claus y entraba.

—Tienes muchos juguetes listos para los niños —dijo el Leñador—, y ahora puedes llevarlos a través de la llanura a las viviendas y las aldeas sin miedo.

—¿No me dañarán los Awgwas? —preguntó Claus, ávidamente.

—¡Los Awgwas —dijo Ak— han perecido!

Ahora terminaré con gusto con los espíritus malvados y con la lucha y el derramamiento de sangre. No fue por elección que conté sobre los Awgwas y sus aliados, y sobre su gran batalla con los inmortales. Eran parte de esta historia y no podían evitarse.

8. EL PRIMER VIAJE CON LOS RENOS

Aquellos fueron días felices para Claus cuando llevó su acumulación de juguetes a los niños que los habían esperado tanto tiempo. Durante su encierro en el Valle había sido tan laborioso que todos sus estantes estaban llenos de juguetes, y después de abastecer rápidamente a los pequeños que vivían cerca vio que debía extender ahora sus viajes a campos más amplios.

Recordando el tiempo en que había viajado con Ak por todo el mundo, sabía que los niños estaban en todas partes, y anhelaba hacer felices a tantos como fuera posible con sus regalos.

Así que cargó un gran saco con toda clase de juguetes, se lo echó a la espalda para poder llevarlo más fácilmente y partió en un viaje más largo del que había emprendido hasta entonces.

Dondequiera que mostraba su cara alegre, en aldea o en granja, recibía una bienvenida cordial, pues su fama se había extendido a

tierras lejanas. En cada pueblo los niños se arremolinaban a su alrededor, siguiendo sus pasos dondequiera que iba; y las mujeres le agradecían con gratitud por la alegría que traía a sus pequeños; y los hombres lo miraban con curiosidad por dedicar su tiempo a una ocupación tan extraña como la fabricación de juguetes. Pero todos le sonreían y le daban palabras amables, y Claus se sentía ampliamente pagado por su largo viaje.

Cuando el saco estuvo vacío regresó de nuevo al Valle Risueño y una vez más lo llenó hasta el borde. Esta vez siguió otro camino, hacia una parte diferente del país, y llevó felicidad a muchos niños que nunca antes habían poseído un juguete o adivinado que existía un objeto de juego tan encantador.

Después de un tercer viaje, tan lejano que Claus estuvo muchos días caminando la distancia, el almacén de juguetes se agotó y sin demora se puso a hacer un suministro fresco.

De ver tantos niños y estudiar sus gustos había adquirido varias ideas nuevas sobre los juguetes.

Las muñequitas eran, había descubierto, lo más encantador de todos los juguetes para los bebés y las niñas pequeñas, y a menudo aquellas que no sabían decir «muñequita» pedían una «muñeca» en su dulce habla de bebé. Así que Claus resolvió hacer muchas muñecas, de todos los tamaños, y vestirlas con ropa de colores brillantes. Los niños mayores —e incluso algunas de las niñas— amaban las imágenes de animales, así que todavía hacía gatos y elefantes y caballos. Y muchos de los pequeñines tenían naturalezas musicales y anhelaban tambores y platillos y silbatos y trompetas. Así que hizo un número de tambores de juguete, con palitos diminutos para golpearlos; e hizo silbatos de los sauces, y trompetas de las cañas del pantano, y platillos de trozos de metal batido.

Todo esto lo mantenía ocupado en el trabajo, y antes de darse cuenta llegó la estación de invierno, con nieves más profundas de lo habitual, y supo que no podría dejar el Valle con su pesado fardo. Además, el siguiente viaje lo llevaría más lejos de casa que nunca

antes, y Jack Frost era lo bastante travieso para pellizcarle la nariz y las orejas si emprendía el largo viaje mientras reinaba el Rey Escarcha. El Rey Escarcha era el padre de Jack y nunca lo reprendía por sus travesuras.

Así que Claus permaneció en su banco de trabajo; pero silbaba y cantaba tan alegremente como siempre, pues no permitiría que ninguna decepción agriara su carácter o lo hiciera infeliz.

Una mañana brillante miró desde su ventana y vio a dos de los ciervos que había conocido en el Bosque caminando hacia su casa.

Claus se sorprendió; no de que los ciervos amistosos lo visitaran, sino de que caminaran sobre la superficie de la nieve tan fácilmente como si fuera tierra sólida, a pesar del hecho de que a lo largo del Valle la nieve yacía a muchos pies de profundidad. Él había salido de su casa un día o dos antes y se había hundido hasta las axilas en un ventisquero.

Así que cuando los ciervos se acercaron abrió la puerta y los llamó:

—¡Buenos días, Flossie! Decidme cómo sois capaces de caminar sobre la nieve tan fácilmente.

—Está congelada dura —respondió Flossie.

—El Rey Escarcha ha soplado sobre ella —dijo Flossie, acercándose—, y la superficie es ahora tan sólida como el hielo.

—Quizás —comentó Claus, pensativamente— podría llevar ahora mi fardo de juguetes a los niños.

—¿Es un viaje largo? —preguntó Flossie.

—Sí; me llevará muchos días, pues el fardo es pesado —respondió Claus.

—Entonces la nieve se derretiría antes de que pudieras volver —dijo el ciervo—. Debes esperar hasta la primavera, Claus.

Claus suspiró.

—Si tuviera vuestros pies veloces —dijo él—, podría hacer el viaje en un día.

—Pero no los tienes —replicó Glossie, mirando sus propias patas delgadas con orgullo.

—Quizás podría montar sobre vuestro lomo —aventuró Claus a comentar, tras una pausa.

—Oh, no; nuestros lomos no son lo bastante fuertes para soportar tu peso —dijo Flossie, decididamente—. Pero si tuvieras un trineo, y pudieras uncirnos a él, podríamos arrastrarte fácilmente, y a tu fardo también.

—¡Haré un trineo! —exclamó Claus—. ¿Accederéis a arrastrarme si lo hago?

—Bueno —respondió Flossie—, primero debemos ir y pedir permiso a los Knooks, que son nuestros guardianes; pero si consienten, y tú puedes hacer un trineo y arneses, te ayudaremos con gusto.

—¡Entonces id de inmediato! —gritó Claus, ávidamente—. Estoy seguro de que los amistosos Knooks darán su consentimiento, y para cuando estéis de vuelta estaré listo para uncirlos a mi trineo.

Flossie y Glossie, siendo ciervos de mucha inteligencia, habían deseado mucho tiempo ver el gran mundo, así que corrieron alegremente sobre la nieve congelada para preguntar a los Knooks si podían llevar a Claus en su viaje.

Mientras tanto, el fabricante de juguetes comenzó apresuradamente la construcción de un trineo, usando material de su pila de leña. Hizo dos patines largos que se curvaban hacia arriba en los extremos delanteros, y a través de estos clavó tablas cortas para hacer una plataforma. Pronto estuvo completado, pero era tan tosco en apariencia como es posible que sea un trineo.

El arnés fue más difícil de preparar, pero Claus trenzó cuerdas fuertes juntas y las anudó para que encajaran alrededor de los

cuellos de los ciervos, en la forma de un collar. De estos salían otras cuerdas para atar a los ciervos al frente del trineo.

Antes de que el trabajo estuviera completado, Glossie y Flossie estaban de vuelta del Bosque, habiéndoseles concedido permiso por Will Knook para hacer el viaje con Claus siempre que estuvieran de vuelta en Burzee al amanecer de la mañana siguiente.

—Ese no es un tiempo muy largo —dijo Flossie—; pero somos veloces y fuertes, y si empezamos para esta tarde podemos viajar muchas millas durante la noche.

Claus decidió hacer el intento, así que apresuró sus preparativos tan rápido como fue posible. Después de un tiempo ató los collares alrededor de los cuellos de sus corceles y los unció a su tosco trineo. Luego colocó un taburete en la pequeña plataforma, para servir como asiento, y llenó un saco con sus juguetes más bonitos.

—¿Cómo pretendes guiarnos? —preguntó Glossie—. Nunca hemos estado fuera del Bosque antes, excepto para visitar tu casa, así que no sabremos el camino.

Claus pensó en eso por un momento. Luego trajo más cuerdas y ató dos de ellas a las astas extendidas de cada ciervo, una a la derecha y la otra a la izquierda.

—Esas serán mis riendas —dijo Claus—, y cuando tire de ellas a la derecha o a la izquierda debéis ir en esa dirección. Si no tiro de las riendas en absoluto podéis ir todo recto.

—Muy bien —respondieron Glossie y Flossie; y luego preguntaron —: ¿Estás listo?

Claus se sentó sobre el taburete, colocó el saco de juguetes a sus pies y luego recogió las riendas.

—¡Todo listo! —gritó—; ¡allá vamos!

Los ciervos se inclinaron hacia adelante, levantaron sus delgados miembros y al momento siguiente salió volando el trineo sobre la nieve congelada. La rapidez del movimiento sorprendió a Claus, pues

en unas pocas zancadas estaban al otro lado del Valle y deslizándose sobre la amplia llanura de más allá.

El día se había fundido en la tarde para cuando empezaron; pues, por muy velozmente que Claus hubiera trabajado, muchas horas se habían consumido haciendo sus preparativos. Pero la luna brillaba intensamente para iluminar su camino, y Claus pronto decidió que era igual de agradable viajar de noche que de día.

A los ciervos les gustaba más; pues, aunque deseaban ver algo del mundo, eran tímidos sobre encontrarse con hombres, y ahora todos los habitantes en los pueblos y granjas estaban profundamente dormidos y no podían verlos.

Lejos y lejos corrieron, una y otra vez sobre las colinas y a través de los valles y cruzando las llanuras hasta que llegaron a una aldea donde Claus nunca había estado antes.

Aquí les pidió que pararan, y ellos obedecieron inmediatamente. Pero una nueva dificultad se presentó ahora, pues la gente había cerrado sus puertas con llave cuando se fueron a la cama, y Claus descubrió que no podía entrar en las casas para dejar sus juguetes.

—Me temo, amigos míos, que hemos hecho nuestro viaje para nada —dijo él—, pues me veré obligado a llevar mis juguetes de vuelta a casa otra vez sin dárselos a los niños de esta aldea.

—¿Qué pasa? —preguntó Flossie.

—Las puertas están cerradas —respondió Claus—, y no puedo entrar.

Glossie miró alrededor a las casas. La nieve era bastante profunda en esa aldea, y justo delante de ellos había un tejado solo unos pocos pies por encima del trineo. Una chimenea ancha, que a Glossie le pareció lo bastante grande para admitir a Claus, estaba en el pico del tejado.

—¿Por qué no bajas por esa chimenea? —preguntó Glossie.

Claus la miró.

—Eso sería bastante fácil si estuviera encima del tejado — respondió.

—Entonces agárrate fuerte y te llevaremos allí —dijo el ciervo, y dieron un salto al tejado y aterrizaron junto a la gran chimenea.

—¡Bien! —gritó Claus, muy complacido, y se echó el fardo de juguetes al hombro y se metió en la chimenea.

Había mucho hollín en los ladrillos, pero a él no le importó eso, y colocando sus manos y rodillas contra los lados se arrastró hacia abajo hasta que hubo alcanzado el hogar. Saltando ligeramente sobre las brasas humeantes se encontró en una gran sala de estar, donde ardía una luz tenue.

Desde esta habitación dos puertas conducían a cámaras más pequeñas. En una, una mujer yacía dormida, con un bebé a su lado en una cuna.

Claus rio, pero no rio en voz alta por miedo a despertar al bebé. Luego deslizó una gran muñeca de su fardo y la dejó en la cuna. El pequeño sonrió, como si soñara con el bonito juguete que iba a encontrar a la mañana siguiente, y Claus salió sigilosamente de la habitación y entró por la otra puerta.

Aquí había dos niños, profundamente dormidos con sus brazos alrededor del cuello del otro. Claus los miró amorosamente un momento y luego colocó sobre la cama un tambor, dos trompetas y un elefante de madera.

No se demoró, ahora que su trabajo en esta casa estaba hecho, sino que trepó la chimenea de nuevo y se sentó en su trineo.

—¿Podéis encontrar otra chimenea? —preguntó a los renos.

—Bastante fácilmente —replicaron Glossie y Flossie.

Abajo hacia el borde del tejado corrieron, y luego, sin pausar, saltaron a través del aire a la cima del siguiente edificio, donde se alzaba una enorme chimenea a la antigua usanza.

—No tardes tanto esta vez —llamó Flossie—, o nunca llegaremos de vuelta al Bosque al amanecer.

Claus hizo un viaje bajando esta chimenea también y encontró cinco niños durmiendo en la casa, todos los cuales fueron rápidamente provistos con juguetes.

Cuando regresó, los ciervos saltaron al siguiente tejado, pero al descender la chimenea Claus no encontró niños allí en absoluto. Ese no era a menudo el caso en esta aldea, sin embargo, así que perdió menos tiempo del que podríais suponer visitando los hogares tristes donde no había pequeños.

Cuando hubo bajado por las chimeneas de todas las casas en esa aldea, y hubo dejado un juguete para cada niño dormido, Claus descubrió que su gran saco no estaba aún medio vacío.

—¡Adelante, amigos! —llamó a los ciervos—; debemos buscar otra aldea.

Así que allá se lanzaron, aunque era mucho después de medianoche, y en un tiempo sorprendentemente corto llegaron a una gran ciudad, la más grande que Claus había visitado jamás desde que empezó a hacer juguetes. Pero, nada intimidado por la multitud de casas, se puso a trabajar de inmediato y sus hermosos corceles lo llevaron rápidamente de un tejado a otro, siendo solo los más altos los que estaban más allá de los saltos de los ágiles ciervos.

Por fin el suministro de juguetes se agotó y Claus se sentó en el trineo, con el saco vacío a sus pies, y volvió las cabezas de Glossie y Flossie hacia casa.

Enseguida Flossie preguntó:

—¿Qué es esa franja gris en el cielo?

—Es el amanecer del día que llega —respondió Claus, sorprendido de encontrar que era tan tarde.

—¡Santo cielo! —exclamó Glossie—; entonces no estaremos en casa al amanecer, y los Knooks nos castigarán y nunca nos dejarán venir de nuevo.

—Debemos correr hacia el Valle Risueño y hacer nuestra mejor velocidad —replicó Flossie—; ¡así que agárrate fuerte, amigo Claus!

Claus se agarró fuerte y al momento siguiente estaba volando tan velozmente sobre la nieve que no podía ver los árboles mientras pasaban girando. Colina arriba y valle abajo, veloces como una flecha disparada de un arco se lanzaron, y Claus cerró los ojos para mantener el viento fuera de ellos y dejó a los ciervos encontrar su propio camino.

Le parecía que se estaban precipitando a través del espacio, pero no tenía miedo en absoluto. Los Knooks eran amos severos, y debían ser obedecidos a toda costa, y la franja gris en el cielo se estaba volviendo más brillante a cada momento.

Finalmente el trineo llegó a una parada repentina y Claus, que fue tomado desprevenido, cayó de su asiento en un ventisquero. Mientras se levantaba oyó a los ciervos gritando:

—¡Rápido, amigo, rápido! ¡Corta nuestro arnés!

Sacó su cuchillo y cortó rápidamente las cuerdas, y luego se enjugó la humedad de los ojos y miró a su alrededor.

El trineo había llegado a una parada en el Valle Risueño, a solo unos pocos pies, encontró, de su propia puerta. En el Este el día estaba rompiendo, y volviéndose hacia el borde de Burzee vio a Glossie y Flossie desapareciendo justo en el Bosque.

9. «¡SANTA CLAUS!»

Claus pensaba que ninguno de los niños sabría nunca de dónde venían los juguetes que encontraban junto a sus camas cuando despertaban a la mañana siguiente. Pero las acciones bondadosas son seguras de traer fama, y la fama tiene muchas alas para llevar sus noticias a tierras lejanas; así que durante millas y millas en cada dirección la gente hablaba de Claus y sus maravillosos regalos para los niños. La dulce generosidad de su trabajo causó que algunas personas egoístas se burlaran, pero incluso estas se vieron forzadas a admitir su respeto por un hombre de naturaleza tan gentil que amaba dedicar su vida a complacer a los pequeños indefensos de su raza.

Por lo tanto, los habitantes de cada ciudad y aldea habían estado esperando ávidamente la llegada de Claus, y se contaban a los niños historias notables de sus hermosos juguetes para mantenerlos pacientes y contentos.

Cuando, a la mañana siguiente del primer viaje de Claus con sus ciervos, los pequeños vinieron corriendo hacia sus padres con los bonitos juguetes que habían encontrado y preguntaron de dónde venían, no hubo más que una respuesta a la pregunta.

—El buen Claus debe haber estado aquí, mis queridos; ¡pues suyos son los únicos juguetes en todo el mundo!

—¿Pero cómo entró? —preguntaron los niños.

Ante esto los padres sacudieron sus cabezas, siendo ellos mismos incapaces de entender cómo Claus había ganado acceso a sus hogares; pero las madres, observando las caras alegres de sus queridos, susurraron que el buen Claus no era un hombre mortal sino seguramente un Santo, y piadosamente bendijeron su nombre por la felicidad que había otorgado a sus hijos.

—Un Santo —dijo una, con la cabeza inclinada— no tiene necesidad de abrir puertas si le place entrar en nuestros hogares.

Y, después, cuando un niño era travieso o desobediente, su madre decía:

—Debes rezar al buen Santa Claus por perdón. A él no le gustan los niños traviosos, y, a menos que te arrepientas, no te traerá más juguetes bonitos.

Pero Santa Claus mismo no habría aprobado este discurso. Traía juguetes a los niños porque eran pequeños e indefensos, y porque los amaba. Sabía que los mejores niños eran a veces traviosos, y que los traviosos eran a menudo buenos. Es la manera de los niños, en todo el mundo, y él no habría cambiado sus naturalezas si hubiera poseído el poder de hacerlo.

Y así es como nuestro Claus se convirtió en Santa Claus. Es posible para cualquier hombre, mediante buenas acciones, consagrarse como un Santo en los corazones de la gente.

10. NOCHEBUENA

El día que rompió cuando Claus regresaba de su viaje nocturno con Glossie y Flossie le trajo un nuevo problema. Will Knook, el guardián jefe de los ciervos, vino a él, hosco y malhumorado, para quejarse de que había retenido a Glossie y Flossie más allá del amanecer, en oposición a sus órdenes.

—Sin embargo, no pudo haber sido mucho después del amanecer —dijo Claus.

—Fue un minuto después —respondió Will Knook—, y eso es tan malo como una hora. Azuzaré a los mosquitos picadores sobre Glossie y Flossie, y así sufrirán terriblemente por su desobediencia.

—¡No hagas eso! —suplicó Claus—. Fue culpa mía.

Pero Will Knook no escuchó excusas, y se marchó refunfuñando y gruñendo en su modo malhumorado.

Por esta razón Claus entró en el Bosque para consultar a Necile sobre rescatar a los buenos ciervos del castigo. Para su deleite encontró a su viejo amigo, el Maestro Leñador, sentado en el círculo de Ninfas.

Ak escuchó la historia del viaje nocturno a los niños y de la gran ayuda que los ciervos habían sido para Claus arrastrando su trineo sobre la nieve congelada.

—No deseo que mis amigos sean castigados si puedo salvarlos —dijo el fabricante de juguetes, cuando hubo terminado el relato—. Llegaron solo un minuto tarde, y corrieron más veloces de lo que vuela un pájaro para llegar a casa antes del amanecer.

Ak se acarició la barba pensativamente un momento, y luego mandó llamar al Príncipe de los Knooks, que gobierna a toda su gente en Burzee, y también a la Reina de las Hadas y al Príncipe de los Rylys.

Cuando todos se hubieron reunido Claus contó su historia de nuevo, por mandato de Ak, y luego el Maestro se dirigió al Príncipe de los Knooks, diciendo:

—El buen trabajo que Claus está haciendo entre la humanidad merece el apoyo de todo inmortal honesto. Ya es llamado un Santo en algunos de los pueblos, y dentro de poco el nombre de Santa Claus será amorosamente conocido en cada hogar que esté bendecido con niños. Además, es un hijo de nuestro Bosque, así que le debemos nuestro aliento. Tú, Gobernante de los Knooks, lo has conocido estos muchos años; ¿no tengo razón al decir que merece nuestra amistad?

El Príncipe, encorvado y de rostro agrio como son todos los Knooks, miró solo a las hojas muertas a sus pies y murmuró:

—¡Tú eres el Maestro Leñador del Mundo!

Ak sonrió, pero continuó, en tonos suaves:

—Parece que los ciervos que son guardados por tu gente pueden ser de gran ayuda para Claus, y como parecen dispuestos a tirar de su trineo te ruego que le permitas usar sus servicios siempre que le plazca.

El Príncipe no respondió, pero golpeó la punta curvada de su sandalia con la punta de su lanza, como si pensara.

Entonces la Reina de las Hadas le habló de esta manera:

—Si consientes a la petición de Ak me aseguraré de que ningún daño llegue a tus ciervos mientras estén lejos del Bosque.

Y el Príncipe de los Ryls añadió:

—Por mi parte permitiré a cada ciervo que asista a Claus el privilegio de comer mis plantas casa, que dan fuerza, y mis plantas grawle, que dan velocidad de pie, y mis plantas marbon, que dan larga vida.

Y la Reina de las Ninfas dijo:

—A los ciervos que tiren del trineo de Claus se les permitirá bañarse en la poza del Bosque de Nares, que les dará pelajes lustrosos y maravillosa belleza.

El Príncipe de los Knooks, oyendo estas promesas, se movió inquieto en su asiento, pues en su corazón odiaba rehusar una petición de sus compañeros inmortales, aunque le estaban pidiendo un favor inusual, y los Knooks no están acostumbrados a conceder favores de ninguna clase. Finalmente se volvió a sus sirvientes y dijo:

—Llamad a Will Knook.

Cuando el hosco Will vino y oyó las demandas de los inmortales protestó ruidosamente contra concederlas.

—Los ciervos son ciervos —dijo él—, y nada más que ciervos. Si fueran caballos sería correcto ungirlos como caballos. Pero nadie unce ciervos porque son criaturas libres y salvajes, que no deben servicio de ninguna clase a la humanidad. Degradaría a mis ciervos trabajar para Claus, quien es solo un hombre a pesar de la amistad prodigada en él por los inmortales.

—Has oído —dijo el Príncipe a Ak—. Hay verdad en lo que dice Will.

—Llamad a Glossie y Flossie —replicó el Maestro.

Los ciervos fueron traídos a la conferencia y Ak les preguntó si objetaban tirar del trineo para Claus.

—¡No, ciertamente! —respondió Glossie—; disfrutamos el viaje mucho.

—Y tratamos de llegar a casa al amanecer —añadió Flossie—, pero desafortunadamente llegamos un minuto tarde.

—Un minuto perdido al amanecer no importa —dijo Ak—. Estáis perdonados por ese retraso.

—Siempre que no ocurra de nuevo —dijo el Príncipe de los Knooks, severamente.

—¿Y les permitiréis hacer otro viaje conmigo? —preguntó Claus, ávidamente.

El Príncipe reflexionó mientras miraba a Will, que estaba frunciendo el ceño, y al Maestro Leñador, que estaba sonriendo.

Entonces se puso de pie y se dirigió a la compañía como sigue:

—Puesto que todos me urgís a conceder el favor permitiré a los ciervos ir con Claus una vez cada año, en Nochebuena, siempre que regresen siempre al Bosque al amanecer. Puede seleccionar cualquier número que le plazca, hasta diez, para tirar de su trineo, y esos serán conocidos entre nosotros como Renos, para distinguirlos

de los otros. Y se bañarán en la Poza de Nares, y comerán las plantas casa y grawle y marbon y estarán bajo la protección especial de la Reina de las Hadas. Y ahora deja de fruncir el ceño, Will Knook, ¡pues mis palabras serán obedecidas!

Se marchó cojeando rápidamente a través de los árboles, para evitar los agradecimientos de Claus y la aprobación de los otros inmortales, y Will, luciendo tan enfadado como siempre, lo siguió.

Pero Ak estaba satisfecho, sabiendo que podía confiar en la promesa del Príncipe, por muy a regañadientes que fuera dada; y Glossie y Flossie corrieron a casa, levantando sus talones encantados a cada paso.

—¿Cuándo es Nochebuena? —preguntó Claus al Maestro.

—En unos diez días —respondió él.

—Entonces no puedo usar los ciervos este año —dijo Claus, pensativamente—, pues no tendré tiempo suficiente para hacer mi saco lleno de juguetes.

—El astuto Príncipe previó eso —respondió Ak—, y por lo tanto nombró la Nochebuena como el día en que podrías usar los ciervos, sabiendo que te causaría perder un año entero.

—Si solo tuviera los juguetes que los Awgwas me robaron —dijo Claus, tristemente—, podría llenar fácilmente mi saco para los niños.

—¿Dónde están? —preguntó el Maestro.

—No lo sé —respondió Claus—, pero los malvados Awgwas probablemente los escondieron en las montañas.

Ak se volvió hacia la Reina de las Hadas.

—¿Puedes encontrarlos? —preguntó.

—Lo intentaré —respondió ella, brillantemente.

Entonces Claus regresó al Valle Risueño, para trabajar tan duro como pudiera, y una banda de Hadas voló inmediatamente a la

montaña que había sido frecuentada por los Awgwas y comenzó una búsqueda de los juguetes robados.

Las Hadas, como bien sabemos, poseen poderes maravillosos; pero los astutos Awgwas habían escondido los juguetes en una cueva profunda y cubierto la abertura con rocas, así que nadie podía mirar dentro. Por lo tanto toda búsqueda de los juguetes desaparecidos resultó en vano durante varios días, y Claus, que estaba sentado en casa esperando noticias de las Hadas, casi desesperaba de conseguir los juguetes antes de Nochebuena.

Trabajaba duro cada momento, pero llevaba un tiempo considerable tallar y dar forma a cada juguete y pintarlo adecuadamente, así que en la mañana antes de Nochebuena solo la mitad de un pequeño estante sobre la ventana estaba lleno de juguetes listos para los niños.

Pero en esta mañana las Hadas que estaban buscando en las montañas tuvieron un nuevo pensamiento. Unieron sus manos y se movieron en una línea recta a través de las rocas que formaban la montaña, comenzando en el pico más alto y trabajando hacia abajo, de modo que ningún punto pudiera ser pasado por alto por sus ojos brillantes. Y por fin descubrieron la cueva donde los juguetes habían sido amontonados por los malvados Awgwas.

No les llevó mucho tiempo reventar la boca de la cueva, y entonces cada una agarró tantos juguetes como pudo llevar y volaron todas hacia Claus y depositaron el tesoro ante él.

El buen hombre se regocijó al recibir, justo en el momento preciso, tal almacén de juguetes con los que cargar su trineo, y envió aviso a Glossie y Flossie para que estuvieran listos para el viaje al anochecer.

Con todas sus otras labores se las había arreglado para encontrar tiempo, desde el último viaje, para reparar el arnés y fortalecer su trineo, así que cuando los ciervos vinieron a él al crepúsculo no tuvo dificultad en ungirlos.

—Debemos ir en otra dirección esta noche —les dijo—, donde encontraremos niños que nunca he visitado todavía. ¡Y debemos

viajar rápido y trabajar aprisa, pues mi saco está lleno de juguetes y rebosando por el borde!

Así que, justo cuando salió la luna, se lanzaron fuera del Valle Risueño y a través de la llanura y sobre las colinas hacia el sur. El aire era cortante y helado y la luz de las estrellas tocaba los copos de nieve y los hacía brillar como innumerables diamantes. Los renos saltaban hacia adelante con brincos fuertes y constantes, y el corazón de Claus estaba tan ligero y alegre que reía y cantaba mientras el viento silbaba pasando sus oídos:

«Con un jo, jo, jo
y un ja, ja, ja
iy un jo, jo, ja, ja, ji!
Ahora lejos vamos
sobre la nieve helada
itan alegres como podemos ser!»

Jack Frost lo oyó y vino corriendo con sus tenazas, pero cuando vio que era Claus se rio y se alejó de nuevo.

Las lechuzas madre lo oyeron mientras pasaba cerca de un bosque y asomaron sus cabezas de los lugares huecos en los troncos de los árboles; pero cuando vieron quién era susurraron a los mochuelos anidados cerca de ellas que era solo Santa Claus llevando juguetes a los niños. Es extraño cuánto saben esas lechuzas madre.

Claus se detuvo en algunas de las granjas dispersas y bajó por las chimeneas para dejar regalos para los bebés. Poco después llegó a una aldea y trabajó alegremente durante una hora distribuyendo juguetes entre los pequeños dormidos. Entonces se fue de nuevo, firmando su alegre villancico:

«Ahora lejos vamos
sobre la nieve reluciente,
imientras los ciervos corren veloces y libres!

Pues a las niñas y niños
llevamos los juguetes
¡que llenarán sus corazones de júbilo!»

A los ciervos les gustaba el sonido de su profunda voz de bajo y marcaban el compás de la canción con sus pisadas en la nieve dura; pero pronto se detuvieron en otra chimenea y Santa Claus, con ojos chispeantes y cara cepillada de rojo por el viento, bajó por sus lados humeantes y dejó un regalo para cada niño que la casa contenía.

Fue una noche alegre y feliz. Velozmente corrían los ciervos, y afanosamente trabajaba su conductor para esparcir sus regalos entre los niños dormidos.

Pero el saco estuvo vacío por fin, y el trineo se dirigió a casa; y ahora de nuevo comenzó la carrera con el amanecer. Glossie y Flossie no tenían intención de ser reprendidos una segunda vez por tardanza, así que huyeron con una velocidad que les permitió pasar al vendaval en el que cabalgaba el Rey Escarcha, y pronto los llevó al Valle Risueño.

Es cierto que cuando Claus soltó a sus corceles de su arnés el cielo oriental estaba veteado de gris, pero Glossie y Flossie estaban en lo profundo del Bosque antes de que el día rompiera claramente.

Claus estaba tan fatigado con su trabajo nocturno que se arrojó sobre su cama y cayó en un sueño profundo, y mientras dormía el sol de Navidad apareció en el cielo y brilló sobre cientos de hogares felices donde el sonido de la risa infantil proclamaba que Santa Claus les había hecho una visita.

¡Dios lo bendiga! Fue su primera Nochebuena, y durante cientos de años desde entonces ha cumplido noblemente su misión de traer felicidad a los corazones de los niños pequeños.

11. CÓMO LAS PRIMERAS MEDIAS FUERON COLGADAS JUNTO A LAS CHIMENEAS

Cuando recordéis que ningún niño, hasta que Santa Claus comenzó sus viajes, había conocido nunca el placer de poseer un juguete, entenderéis cómo la alegría se deslizó en los hogares de aquellos que habían sido favorecidos con una visita del buen hombre, y cómo hablaban de él día a día en tonos amorosos y estaban honestamente agradecidos por sus bondadosas acciones. Es cierto que de grandes guerreros y poderosos reyes y hábiles eruditos de aquel día hablaba a menudo la gente; pero ninguno de ellos era tan grandemente amado como Santa Claus, porque ningún otro era tan desinteresado como para dedicarse a hacer felices a otros. Pues una acción generosa vive más tiempo que una gran batalla o el decreto de un rey o el ensayo de un erudito, porque se extiende y deja su marca en toda la naturaleza y perdura a través de muchas generaciones.

El trato hecho con el Príncipe Knook cambió los planes de Claus para todo el tiempo futuro; pues, pudiendo usar los renos solo en una noche de cada año, decidió dedicar todos los otros días a la fabricación de juguetes, y en Nochebuena llevarlos a los niños del mundo.

Pero el trabajo de un año, sabía él, resultaría en una vasta acumulación de juguetes, así que resolvió construir un nuevo trineo que fuera más grande y más fuerte y mejor adaptado para el viaje rápido que el viejo y torpe.

Su primer acto fue visitar al Rey Gnomo, con quien hizo un trato para intercambiar tres tambores, una trompeta y dos muñecas por un par de finos patines de acero, curvados bellamente en los extremos. Pues el Rey Gnomo tenía hijos propios que, viviendo en

los huecos bajo la tierra, en minas y cavernas, necesitaban algo para divertirse.

En tres días los patines de acero estuvieron listos, y cuando Claus llevó los juguetes al Rey Gnomo, su Majestad estaba tan grandemente complacido con ellos que le regaló a Claus una sarta de cascabeles de trineo de tono dulce, además de los patines.

—Estos complacerán a Glossie y Flossie —dijo Claus, mientras hacía sonar los cascabeles y escuchaba su alegre sonido—. Pero debería tener dos sartas de cascabeles, una para cada ciervo.

—Tráeme otra trompeta y un gato de juguete —respondió el Rey—, y tendrás una segunda sarta de cascabeles como la primera.

—¡Es un trato! —gritó Claus, y se fue a casa de nuevo por los juguetes.

El nuevo trineo fue construido cuidadosamente, trayendo los Knooks abundancia de tablas fuertes pero delgadas para usar en su construcción. Claus hizo un salpicadero alto y redondeado para mantener fuera la nieve arrojada atrás por los veloces cascos de los ciervos; e hizo lados altos a la plataforma para que pudieran llevarse muchos juguetes, y finalmente montó el trineo sobre los delgados patines de acero hechos por el Rey Gnomo.

Era ciertamente un trineo hermoso, y grande y espacioso. Claus lo pintó en colores brillantes, aunque nadie era probable que lo viera durante sus viajes de medianoche, y cuando todo estuvo terminado envió a llamar a Glossie y Flossie para que vinieran a mirarlo.

Los ciervos admiraron el trineo, pero gravemente declararon que era demasiado grande y pesado para que ellos tiraran de él.

—Podríamos tirar de él sobre la nieve, sin duda —dijo Glossie—; pero no tiraríamos de él lo bastante rápido para permitirnos visitar las ciudades y aldeas lejanas y regresar al Bosque al amanecer.

—Entonces debo añadir dos ciervos más a mi equipo —declaró Claus, tras un momento de reflexión.

—El Príncipe Knook te permitió hasta diez. ¿Por qué no usarlos todos? —preguntó Flossie—. Entonces podríamos correr como el rayo y saltar a los tejados más altos con facilidad.

—¡Un equipo de diez renos! —gritó Claus, encantado—. Eso será espléndido. Por favor, regresad al Bosque de inmediato y seleccionad otros ocho ciervos tan parecidos a vosotros como sea posible. Y debéis todos comer de la planta casa, para volveros fuertes, y de la planta grawle, para volveros veloces de pie, y de la planta marbon, para que podáis vivir largo tiempo para acompañarme en mis viajes. Asimismo será bueno para vosotros bañaros en la Poza de Nares, que la encantadora Reina Zurline declara que os volverá raramente hermosos. Si realizáis estos deberes fielmente no hay duda de que en la próxima Nochebuena mis diez renos serán los corceles más poderosos y hermosos que el mundo haya visto jamás.

Así que Glossie y Flossie fueron al Bosque a elegir a sus compañeros, y Claus comenzó a considerar la cuestión de un arnés para todos ellos.

Al final pidió ayuda a Peter Knook, pues el corazón de Peter es tan bondadoso como su cuerpo es torcido, y es notablemente astuto, también. Y Peter accedió a suministrar tiras de cuero resistente para el arnés.

Este cuero fue cortado de las pieles de leones que habían alcanzado una edad tan avanzada que murieron naturalmente, y en un lado había pelo leonado mientras que el otro lado estaba curado hasta la suavidad del terciopelo por los hábiles Knooks. Cuando Claus recibió estas tiras de cuero las cosió pulcramente en un arnés para los diez renos, y resultó fuerte y servicial y le duró muchos años.

El arnés y el trineo fueron preparados en ratos libres, pues Claus dedicaba la mayoría de sus días a la fabricación de juguetes. Estos eran ahora mucho mejores de lo que habían sido los primeros, pues los inmortales a menudo venían a su casa a verlo trabajar y a ofrecer sugerencias. Fue idea de Necile hacer que algunas de las

muñecas dijeran «papá» y «mamá». Fue un pensamiento de los Knooks poner un chirrido dentro de los corderos, para que cuando un niño los apretara dijeran «ibe-e-e-e!». Y la Reina de las Hadas aconsejó a Claus poner silbatos en los pájaros, para que pudieran hacerse cantar, y ruedas en los caballos, para que los niños pudieran tirar de ellos alrededor. Muchos animales perecían en el Bosque, por una causa u otra, y su piel era traída a Claus para que pudiera cubrir con ella las pequeñas imágenes de bestias que hacía como juguetes. Un alegre Ryl sugirió que Claus hiciera un burro con una cabeza que asintiera, lo cual hizo, y después encontró que divertía a los pequeños inmensamente. Y así los juguetes crecieron en belleza y atractivo cada día, hasta que fueron la maravilla incluso de los inmortales.

Cuando otra Nochebuena se acercó había una carga monstruosa de hermosos regalos para los niños listos para ser cargados en el gran trineo. Claus llenó tres sacos hasta el borde, y metió en cada rincón de la caja del trineo juguetes llenos además.

Entonces, al crepúsculo, los diez renos aparecieron y Flossie se los presentó a todos a Claus. Eran Corredor y Bailarín, Temerario y Punteado, Intrépido e Incomparable, y Listo y Firme, quienes, con Glossie y Flossie, componían los diez que han atravesado el mundo estos cientos de años con su generoso amo. Eran todos sumamente hermosos, con miembros delgados, astas extendidas, ojos oscuros aterciopelados y pelajes suaves de color cervatillo manchados de blanco.

Claus los amó de inmediato, y los ha amado desde entonces, pues son amigos leales y le han prestado un servicio inestimable.

El nuevo arnés les quedaba bien y pronto estuvieron todos atados al trineo de dos en dos, con Glossie y Flossie a la cabeza. Estos llevaban las sartas de cascabeles de trineo, y estaban tan encantados con la música que hacían que se mantenían encabritándose arriba y abajo para hacer sonar los cascabeles.

Claus se sentó ahora en el trineo, se echó una manta caliente sobre las rodillas y su gorro de piel sobre las orejas, y chasqueó su largo látigo como señal para empezar.

Al instante los diez saltaron hacia adelante y se alejaron como el viento, mientras el jovial Claus reía alegremente al verlos correr y gritaba una canción con su gran y cordial voz:

«Con un jo, jo, jo
y un ja, ja, ja
iy un jo, jo, ja, ja, ji!
Ahora lejos vamos
sobre la nieve helada
itan alegres como podemos ser!
Hay muchas alegrías
en nuestra carga de juguetes,
como muchos niños sabrán;
los esparciremos a lo ancho
en nuestro salvaje viaje nocturno
isobre la nieve crujiente y brillante!»

Ahora bien, fue en esta misma Nochebuena que la pequeña Margot y su hermano Dick y sus primos Ned y Sara, que estaban de visita en casa de Margot, entraron de hacer un muñeco de nieve, con sus ropas húmedas, sus manoplas goteando y sus zapatos y medias mojados de parte a parte. No fueron regañados, pues la madre de Margot sabía que la nieve se estaba derritiendo, pero fueron enviados temprano a la cama para que sus ropas pudieran colgarse sobre sillas para secarse. Los zapatos fueron colocados en las baldosas rojas del hogar, donde el calor de las brasas calientes les daría, y las medias fueron colgadas cuidadosamente en una fila junto a la chimenea, directamente sobre el hogar. Esa fue la razón por la que Santa Claus las notó cuando bajó por la chimenea esa

noche y toda la casa estaba profundamente dormida. Tenía una prisa tremenda y viendo que las medias pertenecían todas a niños rápidamente embutió sus juguetes en ellas y se lanzó chimenea arriba de nuevo, apareciendo en el tejado tan repentinamente que los renos quedaron asombrados de su agilidad.

—Desearía que todos colgaran sus medias —pensó, mientras conducía hacia la siguiente chimenea—. Me ahorraría un montón de tiempo y podría entonces visitar a más niños antes del amanecer.

Cuando Margot y Dick y Ned y Sara saltaron de la cama a la mañana siguiente y corrieron escaleras abajo para coger sus medias de la chimenea, se llenaron de deleite al encontrar los juguetes de Santa Claus dentro de ellas. De hecho, creo que encontraron más regalos en sus medias que los que cualquier otro niño de esa ciudad había recibido, pues Santa Claus tenía prisa y no se detuvo a contar los juguetes.

Por supuesto contaron a todos sus pequeños amigos sobre ello, y por supuesto cada uno de ellos decidió colgar sus propias medias junto a la chimenea la siguiente Nochebuena. Incluso Bessie Blithesome, que hizo una visita a esa ciudad con su padre, el gran Señor de Lerd, oyó la historia de los niños y colgó sus propias medias bonitas junto a la chimenea cuando regresó a casa en Navidad.

En su siguiente viaje Santa Claus encontró tantas medias colgadas en anticipación de su visita que pudo llenarlas en un santiamén y estar lejos de nuevo en la mitad del tiempo requerido para buscar a los niños y colocar los juguetes junto a sus camas.

La costumbre creció año tras año, y siempre ha sido una gran ayuda para Santa Claus. Y, con tantos niños que visitar, él seguramente necesita toda la ayuda que seamos capaces de darle.

12. EL PRIMER ÁRBOL DE NAVIDAD

Claus siempre había mantenido su promesa a los Knooks regresando al Valle Risueño al amanecer, pero solo la velocidad de sus renos le ha permitido hacer esto, pues viaja por todo el mundo.

Amaba su trabajo y amaba el enérgico viaje nocturno en su trineo y el alegre tintineo de los cascabeles. En aquel primer viaje con los diez renos solo Glossie y Flossie llevaban cascabeles; pero cada año a partir de entonces durante ocho años Claus llevó regalos a los hijos del Rey Gnomo, y ese monarca de buen carácter le dio a cambio una sarta de cascabeles en cada visita, de modo que finalmente cada uno de los diez ciervos fue provisto, y podéis imaginar qué alegre melodía tocaban los cascabeles mientras el trineo corría sobre la nieve.

Las medias de los niños eran tan largas que se requerían muchísimos juguetes para llenarlas, y pronto Claus descubrió que había otras cosas además de juguetes que los niños aman. Así que envió a algunas de las Hadas, que eran siempre sus buenas amigas, a los Trópicos, de donde regresaron con grandes bolsas llenas de naranjas y plátanos que habían arrancado de los árboles. Y otras Hadas volaron al maravilloso Valle de Phunnyland, donde deliciosos caramelos y bombones crecen espesamente en los arbustos, y regresaron cargadas con muchas cajas de dulces para los pequeños. Estas cosas las colocaba Santa Claus, en cada Nochebuena, en las largas medias, junto con sus juguetes, y los niños se alegraban de recibirlas, podéis estar seguros.

Hay también países cálidos donde no hay nieve en invierno, pero Claus y sus renos los visitaban así como los climas más fríos, pues había pequeñas ruedas dentro de los patines de su trineo que le

permitían correr tan suavemente sobre suelo desnudo como sobre la nieve. Y los niños que vivían en los países cálidos aprendieron a conocer el nombre de Santa Claus tan bien como aquellos que vivían más cerca del Valle Risueño.

Una vez, justo cuando los renos estaban listos para comenzar su viaje anual, un Hada vino a Claus y le habló de tres niños pequeños que vivían bajo una ruda tienda de pieles en una amplia llanura donde no había árboles en absoluto. Estos pobres bebés eran miserables e infelices, pues sus padres eran gente ignorante que los descuidaba tristemente. Claus resolvió visitar a estos niños antes de regresar a casa, y durante su viaje recogió la copa frondosa de un pino que el viento había roto y la colocó en su trineo.

Era casi de mañana cuando los ciervos se detuvieron ante la solitaria tienda de pieles donde los pobres niños yacían dormidos. Claus plantó de inmediato el trozo de pino en la arena y clavó muchas velas en las ramas. Luego colgó algunos de sus juguetes más bonitos en el árbol, así como varias bolsas de caramelos. No tardó mucho en hacer todo esto, pues Santa Claus trabaja rápidamente, y cuando todo estuvo listo encendió las velas y, asomando la cabeza por la abertura de la tienda, gritó:

—¡Feliz Navidad, pequeños!

Con eso saltó a su trineo y estuvo fuera de vista antes de que los niños, frotándose el sueño de los ojos, pudieran salir para ver quién los había llamado.

¡Podéis imaginar el asombro y la alegría de esos pequeños, que nunca en sus vidas habían conocido un placer real antes, cuando vieron el árbol, chispeando con luces que brillaban intensamente en el amanecer gris y colgado con juguetes suficientes para hacerlos felices por años venideros! Unieron sus manos y bailaron alrededor del árbol, gritando y riendo, hasta que se vieron obligados a pausar para tomar aliento. Y sus padres, también, salieron a mirar y maravillarse, y a partir de entonces tuvieron más respeto y

consideración por sus hijos, puesto que Santa Claus los había honrado con tan hermosos regalos.

La idea del árbol de Navidad complació a Claus, y así el año siguiente llevó muchos de ellos en su trineo y los instaló en los hogares de gente pobre que rara vez veía árboles, y colocó velas y juguetes en las ramas. Por supuesto no podía llevar suficientes árboles en una carga para todos los que los querían, pero en algunos hogares los padres eran capaces de conseguir árboles y tenerlos todos listos para Santa Claus cuando llegara; y estos el buen Claus siempre los decoraba tan bellamente como era posible y colgaba con juguetes suficientes para todos los niños que venían a ver el árbol iluminado.

Estas ideas novedosas y la manera generosa en que se llevaban a cabo hacían que los niños anhelaran esa única noche en el año en que su amigo Santa Claus los visitaría, y como tal anticipación es muy agradable y reconfortante los pequeños cosechaban mucha felicidad preguntándose qué pasaría cuando Santa Claus llegara la próxima vez.

¿Quizás recordáis a aquel severo Barón Braun que una vez expulsó a Claus de su castillo y le prohibió visitar a sus hijos? Bueno, muchos años después, cuando el viejo Barón estaba muerto y su hijo gobernaba en su lugar, el nuevo Barón Braun vino a la casa de Claus con su séquito de caballeros y pajes y secuaces y, desmontando de su corcel, descubrió su cabeza humildemente ante el amigo de los niños.

—Mi padre no conocía tu bondad y valía —dijo él—, y por lo tanto amenazó con colgarte de los muros del castillo. Pero tengo hijos propios, que anhelan una visita de Santa Claus, y he venido a rogar que los favorezcas en adelante como haces con otros niños.

Claus estaba complacido con este discurso, pues el Castillo Braun era el único lugar que nunca había visitado, y prometió gustosamente llevar regalos a los hijos del Barón la siguiente Nochebuena.

El Barón se marchó contento, y Claus cumplió su promesa fielmente.

Así conquistó este hombre, mediante pura bondad, los corazones de todos; y no es de extrañar que fuera siempre alegre y jovial, pues no había hogar en el ancho mundo donde no fuera bienvenido más regimiento que cualquier rey.

VEJEZ

1. EL MANTO DE LA INMORTALIDAD

Y ahora llegamos a un punto de inflexión en la carrera de Santa Claus, y es mi deber relatar lo más notable que ha sucedido desde que el mundo comenzó o la humanidad fue creada.

Hemos seguido la vida de Claus desde el momento en que fue encontrado como un infante indefenso por la Ninfa del Bosque Necile y criado hasta la edad adulta en el gran Bosque de Burzee. Y sabemos cómo comenzó a hacer juguetes para niños y cómo, con la asistencia y buena voluntad de los inmortales, fue capaz de distribuirlos a los pequeños a lo largo del mundo.

Durante muchos años llevó a cabo esta noble obra; pues la vida sencilla y trabajadora que llevaba le daba perfecta salud y fuerza. Y sin duda un hombre puede vivir más tiempo en el hermoso Valle Risueño, donde no hay preocupaciones y todo es pacífico y alegre, que en cualquier otra parte del mundo.

Pero cuando muchos años hubieron pasado Santa Claus envejeció. La larga barba de color marrón dorado que una vez cubrió sus mejillas y barbilla se volvió gradualmente gris, y finalmente se tornó blanca pura. Su cabello era blanco, también, y había arrugas en las

esquinas de sus ojos, que se mostraban claramente cuando reía. Nunca había sido un hombre muy alto, y ahora se puso gordo, y se contoneaba mucho como un pato cuando caminaba. Pero a pesar de estas cosas permaneció tan vivaz como siempre, y era igual de jovial y alegre, y sus ojos amables chispeaban tan brillantemente como lo hicieron aquel primer día cuando llegó al Valle Risueño.

Sin embargo, es seguro que llegue un momento en que todo mortal que ha envejecido y vivido su vida debe dejar este mundo por otro; así que no es de extrañar que, después de que Santa Claus hubiera conducido a sus renos en muchas y muchas Nochebuenas, esos leales amigos finalmente susurraran entre ellos que probablemente habían tirado de su trineo por última vez.

Entonces todo el Bosque de Burzee se entristeció y todo el Valle Risueño se silenció; pues cada cosa viviente que había conocido a Claus solía amarlo e iluminarse al sonido de sus pasos o las notas de su alegre silbido.

Sin duda la fuerza del anciano estaba por fin agotada, pues no hizo más juguetes, sino que yacía en su cama como en un sueño.

La Ninfa Necile, ella que lo había criado y había sido su madre adoptiva, era todavía joven y fuerte y hermosa, y le parecía que hacía poco tiempo desde que este hombre envejecido y de barba gris había yacido en sus brazos y le había sonreído con sus inocentes labios de bebé.

En esto se muestra la diferencia entre mortales e inmortales.

Fue afortunado que el gran Ak viniera al Bosque en este momento. Necile lo buscó con ojos turbados y le contó el destino que amenazaba a su amigo Claus.

De inmediato el Maestro se puso grave, y se apoyó sobre su hacha y se acarició la barba gris pensativamente durante muchos minutos. Entonces, de repente, se puso derecho, y equilibró su poderosa cabeza con firme resolución, y extendió su gran brazo derecho como si estuviera decidido a hacer alguna acción poderosa. ¡Pues le había venido un pensamiento tan grandioso en su concepción que todo el

mundo bien podría inclinarse ante el Maestro Leñador y honrar su nombre para siempre!

Es bien sabido que cuando el gran Ak emprende una vez hacer una cosa nunca duda un instante. Ahora convocó a sus mensajeros más veloces y los envió en un destello a muchas partes de la tierra. Y cuando se hubieron ido se volvió a la ansiosa Necile y la consoló, diciendo:

—Ten buen ánimo, hija mía; nuestro amigo aún vive. Y ahora corre con tu Reina y dile que he convocado un consejo de todos los inmortales del mundo para reunirse conmigo aquí en Burzee esta noche. Si obedecen, y escuchan mis palabras, Claus conducirá sus renos por incontables eras aún por venir.

A medianoche hubo una escena maravillosa en el antiguo Bosque de Burzee, donde por primera vez en muchos siglos los gobernantes de los inmortales que habitan la tierra estaban reunidos.

Estaba la Reina de los Espíritus del Agua, cuya hermosa forma era tan clara como el cristal pero goteaba agua continuamente sobre el banco de musgo donde se sentaba. Y junto a ella estaba el Rey de los Duendes del Sueño, que portaba una varita de cuyo extremo caía un polvo fino todo alrededor, de modo que ningún mortal podría mantenerse despierto lo suficiente para verlo, ya que los ojos mortales estaban seguros de cerrarse en el sueño tan pronto como el polvo los llenaba. Y al lado de él se sentaba el Rey Gnomo, cuya gente habita toda esa región bajo la superficie de la tierra, donde guardan los metales preciosos y las piedras preciosas que yacen enterrados en roca y mineral. A su mano derecha estaba el Rey de los Diablillos del Sonido, que tenía alas en sus pies, pues su gente es veloz para llevar todos los sonidos que se hacen. Cuando están ocupados llevan los sonidos solo distancias cortas, pues hay muchos de ellos; pero a veces corren con los sonidos a lugares a millas y millas de distancia de donde se hacen. El Rey de los Diablillos del Sonido tenía una cara ansiosa y preocupada, pues la mayoría de la gente no tiene consideración por sus Diablillos y, especialmente los niños y niñas, hacen muchísimos sonidos innecesarios que los

Diablillos se ven obligados a llevar cuando podrían estar mejor empleados.

El siguiente en el círculo de inmortales era el Rey de los Demonios del Viento, de constitución esbelta, inquieto e incómodo por estar confinado en un lugar por siquiera una hora. De vez en cuando dejaba su sitio y daba vueltas alrededor del claro, y cada vez que hacía esto la Reina de las Hadas se veía obligada a desenredar los mechones flotantes de su cabello dorado y meterlos detrás de sus orejas rosadas. Pero no se quejaba, pues no era frecuente que el Rey de los Demonios del Viento viniera al corazón del Bosque. Después de la Reina de las Hadas, cuyo hogar sabéis que estaba en el viejo Burzee, vino el Rey de los Elfos de la Luz, con sus dos Príncipes, Destello y Crepúsculo, a su espalda. Nunca iba a ninguna parte sin sus Príncipes, pues eran tan traviesos que no se atrevía a dejarlos vagar solos.

El Príncipe Destello portaba un rayo en su mano derecha y un cuerno de pólvora en su izquierda, y sus ojos brillantes vagaban constantemente alrededor, como si anhelara usar sus destellos cegadores. El Príncipe Crepúsculo sostenía una gran despabiladera en una mano y una gran capa negra en la otra, y es bien sabido que a menos que Crepúsculo sea vigilado cuidadosamente las despabiladeras o la capa arrojarán todo a la oscuridad, y la Oscuridad es el mayor enemigo que tiene el Rey de los Elfos de la Luz.

Además de los inmortales que he nombrado estaban el Rey de los Knooks, que había venido de su hogar en las junglas de la India; y el Rey de los Ryls, que vivía entre las flores alegres y frutas deliciosas de Valencia. La dulce Reina Zurline de las Ninfas del Bosque completaba el círculo de inmortales.

Pero en el centro del círculo se sentaban otros tres que poseían poderes tan grandes que todos los Reyes y Reinas les mostraban reverencia.

Estos eran Ak, el Maestro Leñador del Mundo, que gobierna los bosques y los huertos y las arboledas; y Kern, el Maestro Labrador del Mundo, que gobierna los campos de grano y los prados y los jardines; y Bo, el Maestro Marinero del Mundo, que gobierna los mares y todas las embarcaciones que flotan en ellos. Y todos los demás inmortales están más o menos sujetos a estos tres.

Cuando todos se hubieron reunido, el Maestro Leñador del Mundo se puso de pie para dirigirse a ellos, puesto que él mismo los había convocado al consejo.

Muy claramente les contó la historia de Claus, comenzando en el momento en que como un bebé había sido adoptado como un hijo del Bosque, y hablando de su naturaleza noble y generosa y sus labores de toda la vida para hacer felices a los niños.

—Y ahora —dijo Ak—, cuando se ha ganado el amor de todo el mundo, el Espíritu de la Muerte se cierne sobre él. De todos los hombres que han habitado la tierra ningún otro merece tan bien la inmortalidad, pues tal vida no puede ser prescindida mientras haya hijos de la humanidad para extrañarlo y afligirse por su pérdida. Nosotros los inmortales somos los sirvientes del mundo, y para servir al mundo se nos permitió en el Principio existir. ¿Pero cuál de nosotros es más digno de inmortalidad que este hombre Claus, que tan dulcemente atiende a los niños pequeños?

Hizo una pausa y miró alrededor del círculo, para encontrar a cada inmortal escuchándolo ávidamente y asintiendo con aprobación. Finalmente el Rey de los Demonios del Viento, que había estado silbando suavemente para sí mismo, gritó:

—¿Cuál es tu deseo, oh Ak?

—¡Otorgar a Claus el Manto de la Inmortalidad! —dijo Ak, audazmente.

Que esta demanda era totalmente inesperada fue probado por los inmortales saltando a sus pies y mirándose unos a otros a la cara con consternación y luego a Ak con asombro. Pues era un asunto grave, este desprenderse del Manto de la Inmortalidad.

La Reina de los Espíritus del Agua habló con su voz baja y clara, y las palabras sonaron como gotas de lluvia salpicando sobre el cristal de una ventana.

—En todo el mundo no hay más que un Manto de la Inmortalidad —dijo.

El Rey de los Duendes del Sonido añadió:

—Ha existido desde el Principio, y ningún mortal se ha atrevido nunca a reclamarlo.

Y el Maestro Marinero del Mundo se levantó y estiró sus miembros, diciendo:

—Solo por el voto de cada inmortal puede ser otorgado a un mortal.

—Sé todo esto —respondió Ak, tranquilamente—. Pero el Manto existe, y si fue creado, como decís, en el Principio, fue porque el Maestro Supremo sabía que algún día sería requerido. Hasta ahora ningún mortal lo ha merecido, ¿pero quién entre vosotros se atreve a negar que el buen Claus lo merece? ¿No votaréis todos para otorgárselo a él?

Guardaron silencio, mirándose todavía unos a otros interrogativamente.

—¿De qué sirve el Manto de la Inmortalidad a menos que se use? —demandó Ak—. ¿De qué nos servirá a cualquiera de nosotros permitir que permanezca en su solitario santuario por todo el tiempo venidero?

—¡Basta! —gritó el Rey Gnomo, abruptamente—. Votaremos sobre el asunto, sí o no. ¡Por mi parte, digo sí!

—¡Y yo! —dijo la Reina de las Hadas, prontamente, y Ak la recompensó con una sonrisa.

—Mi gente en Burzee me dice que han aprendido a amarlo; por lo tanto voto dar a Claus el Manto —dijo el Rey de los Ryls.

—Ya es un camarada de los Knooks —anunció el antiguo Rey de esa banda—. ¡Que tenga la inmortalidad!

—¡Que la tenga, que la tenga! —suspiró el Rey de los Demonios del Viento.

—¿Por qué no? —preguntó el Rey de los Duendes del Sueño—. Nunca perturba los sueños que mi gente permite a la humanidad. ¡Que el buen Claus sea inmortal!

—No objeto —dijo el Rey de los Diablillos del Sonido.

—Ni yo —murmuró la Reina de los Espíritus del Agua.

—Si Claus no recibe el Manto está claro que ningún otro podrá reclamarlo jamás —comentó el Rey de los Elfos de la Luz—, así que acabemos con la cosa para siempre.

—Las Ninfas del Bosque fueron las primeras en adoptarlo —dijo la Reina Zurline—. Por supuesto votaré para hacerlo inmortal.

Ak se volvió ahora hacia el Maestro Labrador del Mundo, quien levantó su brazo derecho y dijo: «¡Sí!».

Y el Maestro Marinero del Mundo hizo lo mismo, después de lo cual Ak, con ojos chispeantes y rostro sonriente, gritó:

—¡Os doy las gracias, compañeros inmortales! ¡Pues todos habéis votado «sí», y así a nuestro querido Claus recaerá el único Manto de la Inmortalidad que está en nuestro poder otorgar!

—Traigámoslo de inmediato —dijo el Rey Duende—; tengo prisa.

Inclinaron la cabeza en asentimiento, y al instante el claro del Bosque quedó desierto. Pero en un lugar a medio camino entre la tierra y el cielo estaba suspendida una cripta reluciente de oro y platino, resplandeciente con luces suaves derramadas desde las facetas de innumerables gemas. Dentro de una alta cúpula colgaba el precioso Manto de la Inmortalidad, y cada inmortal colocó una mano en el dobladillo de la espléndida Túnica y dijo, como con una sola voz:

—¡Otorgamos este Manto a Claus, que es llamado el Santo Patrón de los Niños!

Ante esto el Manto se desprendió de su elevada cripta, y lo llevaron a la casa en el Valle Risueño.

El Espíritu de la Muerte estaba agazapado muy cerca de la cabecera de Claus, y cuando los inmortales se acercaron saltó y les indicó que retrocedieran con un gesto airado. Pero cuando sus ojos cayeron sobre el Manto que portaban se encogió con un gemido bajo de decepción y abandonó esa casa para siempre.

Suave y silenciosamente la Banda inmortal dejó caer sobre Claus el precioso Manto, y este se cerró sobre él y se hundió en los contornos de su cuerpo y desapareció de la vista. Se convirtió en una parte de su ser, y ni mortal ni inmortal podría quitárselo jamás.

Entonces los Reyes y Reinas que habían obrado esta gran hazaña se dispersaron a sus diversos hogares, y todos estaban bien contentos de haber añadido otro inmortal a su Banda.

Y Claus siguió durmiendo, la sangre roja de la vida eterna corriendo velozmente por sus venas; y en su frente había una diminuta gota de agua que había caído del vestido siempre derretido de la Reina de los Espíritus del Agua, y sobre sus labios se cernía un tierno beso que había sido dejado por la dulce Ninfa Necile. Pues ella se había colado dentro cuando los otros se habían ido para mirar con arrebató la forma inmortal de su hijo adoptivo.

2. CUANDO EL MUNDO ENVEJECIÓ

A la mañana siguiente, cuando Santa Claus abrió los ojos y miró alrededor de la habitación familiar, que había temido no volver a ver nunca más, se asombró al encontrar su vieja fuerza renovada y sentir la sangre roja de la salud perfecta corriendo por sus venas. Saltó de su cama y se paró donde el brillante sol entraba a través de su ventana y lo inundaba con sus rayos alegres y danzantes. No entendió entonces qué había sucedido para restaurarle el vigor de la juventud, pero a pesar del hecho de que su barba permanecía del color de la nieve y de que las arrugas todavía perduraban en las esquinas de sus ojos brillantes, el viejo Santa Claus se sentía tan enérgico y alegre como un chico de dieciséis años, y pronto estaba silbando contento mientras se ocupaba en dar forma a nuevos juguetes.

Entonces Ak vino a él y le contó sobre el Manto de la Inmortalidad y cómo Claus lo había ganado a través de su amor por los niños pequeños.

Hizo que el viejo Santa se pusiera grave por un momento pensar que había sido tan favorecido; pero también le alegró darse cuenta de que ahora no necesitaba temer nunca ser separado de sus queridos. De inmediato comenzó los preparativos para hacer un surtido notable de juguetes bonitos y divertidos, y en cantidades mayores que nunca antes; pues ahora que podía dedicarse siempre a este trabajo decidió que ningún niño en el mundo, pobre o rico, debería en adelante quedarse sin un regalo de Navidad si él podía arreglárselas para suministrarlo.

El mundo era nuevo en los días en que el querido viejo Santa Claus comenzó por primera vez la fabricación de juguetes y ganó, por sus acciones amorosas, el Manto de la Inmortalidad. Y la tarea

de suministrar palabras de ánimo, simpatía y bonitos juguetes a todos los jóvenes de su raza no parecía una empresa difícil en absoluto. Pero cada año más y más niños nacían en el mundo, y estos, cuando crecían, comenzaban a extenderse lentamente por toda la faz de la tierra, buscando nuevos hogares; de modo que Santa Claus encontraba cada año que sus viajes debían extenderse más y más lejos del Valle Risueño, y que los paquetes de juguetes debían hacerse más grandes y cada vez más grandes.

Así que al final tomó consejo con sus compañeros inmortales sobre cómo su trabajo podría mantener el ritmo con el creciente número de niños para que ninguno fuera descuidado. Y los inmortales estaban tan grandemente interesados en sus labores que gustosamente le prestaron su ayuda. Ak le dio a su hombre Kilter, «el silencioso y veloz». Y el Príncipe Knook le dio a Peter, que era más torcido y menos hosco que cualquiera de sus hermanos. Y el Príncipe Ryl le dio a Nuter, el Ryl de temperamento más dulce jamás conocido. Y la Reina de las Hadas le dio a Wisk, esa diminuta, traviesa pero adorable Hada que conoce hoy casi a tantos niños como el propio Santa Claus.

Con estas personas para ayudar a hacer los juguetes y mantener su casa en orden y cuidar del trineo y el arnés, Santa Claus encontró mucho más fácil preparar su carga anual de regalos, y sus días comenzaron a seguirse unos a otros suave y plenteramente.

Sin embargo, después de unas pocas generaciones sus preocupaciones se renovaron, pues era notable cómo el número de personas continuaba creciendo, y cuántos niños más había cada año para ser servidos. Cuando la gente llenó todas las ciudades y tierras de un país vagaron a otra parte del mundo; y los hombres talaron los árboles en muchos de los grandes bosques que habían sido gobernados por Ak, y con la madera construyeron nuevas ciudades, y donde habían estado los bosques hubo campos de grano y rebaños de ganado pastando.

Podríaís pensar que el Maestro Leñador se rebelaría por la pérdida de sus bosques; pero no fue así. La sabiduría de Ak era poderosa y

previsora.

—El mundo fue hecho para los hombres —dijo a Santa Claus—, y yo no he hecho más que guardar los bosques hasta que los hombres los necesitaron para su uso. Me alegra que mis fuertes árboles puedan proporcionar refugio a los cuerpos débiles de los hombres, y calentarlos durante los fríos inviernos. Pero espero que no talen todos los árboles, pues la humanidad necesita el refugio de los bosques en verano tanto como el calor de los leños ardientes en invierno. Y, por muy abarrotado que pueda llegar a estar el mundo, no creo que los hombres vengan nunca a Burzee, ni al Gran Bosque Negro, ni al desierto arbolado de Braz; a menos que busquen sus sombras por placer y no para destruir sus árboles gigantes.

Con el tiempo la gente hizo barcos de los troncos de los árboles y cruzó océanos y construyó ciudades en tierras lejanas; pero los océanos suponían poca diferencia para los viajes de Santa Claus. Sus renos corrían sobre las aguas tan velozmente como sobre tierra, y su trineo se dirigía de este a oeste y seguía la estela del sol. De modo que mientras la tierra giraba lentamente Santa Claus tenía veinticuatro horas completas para rodearla cada Nochebuena, y los veloces renos disfrutaban estos maravillosos viajes más y más.

Así año tras año, y generación tras generación, y siglo tras siglo, el mundo envejeció y la gente se volvió más numerosa y las labores de Santa Claus aumentaron constantemente. La fama de sus buenas acciones se extendió a cada hogar donde moraban niños. Y todos los pequeños lo amaban entrañablemente; y los padres y madres lo honraban por la felicidad que les había dado cuando ellos también eran jóvenes; y los ancianos abuelos y abuelas lo recordaban con tierna gratitud y bendecían su nombre.

3. LOS DIPUTADOS DE SANTA CLAUS

Sin embargo, hubo un mal siguiendo el camino de la civilización que causó a Santa Claus una vasta cantidad de problemas antes de que descubriera una manera de superarlo. Pero, afortunadamente, fue la última prueba que se vio forzado a sufrir.

Una Nochebuena, cuando sus renos habían saltado a la cima de un nuevo edificio, Santa Claus se sorprendió al encontrar que la chimenea había sido construida mucho más pequeña de lo habitual. Pero no tenía tiempo para pensar en ello justo entonces, así que contuvo el aliento y se hizo tan pequeño como fue posible y se deslizó chimenea abajo.

—Debería estar en el fondo para este momento —pensó, mientras continuaba deslizándose hacia abajo; pero ninguna chimenea de ninguna clase se encontró con su vista, y con el tiempo llegó al final mismo de la chimenea, que estaba en el sótano.

—¡Esto es extraño! —reflexionó, muy desconcertado por esta experiencia—. Si no hay chimenea, ¿para qué demonios sirve el conducto?

Entonces comenzó a trepar hacia afuera de nuevo, y encontró que era un trabajo duro, siendo el espacio tan pequeño. Y en su camino hacia arriba notó un tubo delgado y redondo que asomaba a través del lado de la chimenea, pero no pudo adivinar para qué era.

Finalmente llegó al tejado y dijo a los renos:

—No había necesidad de que bajara por esa chimenea, pues no pude encontrar ningún hogar a través del cual entrar en la casa. Temo que los niños que viven ahí deben quedarse sin juguetes esta Navidad.

Entonces siguió conduciendo, pero pronto llegó a otra casa nueva con una chimenea pequeña. Esto causó que Santa Claus sacudiera la cabeza dubitativamente, pero probó la chimenea, no obstante, y la encontró exactamente igual que la otra. Además, casi se quedó atascado en el conducto estrecho y rasgó su chaqueta tratando de salir de nuevo; así que, aunque llegó a varias chimeneas así esa noche, no se aventuró a descender por ninguna más de ellas.

—¿En qué diablos está pensando la gente, para construir chimeneas tan inútiles? —exclamó—. En todos los años que he viajado con mis renos nunca he visto nada igual antes.

Cierto; pero Santa Claus no había descubierto entonces que las estufas habían sido inventadas y estaban entrando rápidamente en uso. Cuando lo averiguó se preguntó cómo los constructores de esas casas podían tener tan poca consideración por él, cuando sabían muy bien que era su costumbre bajar por las chimeneas y entrar en las casas por medio de los hogares. Quizás los hombres que construyeron esas casas habían superado su propio amor por los juguetes, y les era indiferente si Santa Claus visitaba a sus hijos o no. Cualquiera que fuera la explicación, los pobres niños se veían forzados a soportar la carga de la pena y la decepción.

El año siguiente Santa Claus encontró más y más de las chimeneas de nuevo estilo que no tenían hogares, y el año siguiente todavía más. El tercer año, tan numerosas se habían vuelto las chimeneas estrechas, que incluso le quedaron unos pocos juguetes en su trineo que fue incapaz de regalar, porque no pudo llegar a los niños.

El asunto se había vuelto ahora tan serio que preocupaba al buen hombre grandemente, y decidió hablarlo con Kilter y Peter y Nuter y Wisk.

Kilter ya sabía algo sobre ello, pues había sido su deber correr a todas las casas, justo antes de Navidad, y recoger las notas y cartas para Santa Claus que los niños habían escrito, contando lo que deseaban que se pusiera en sus medias o se colgara en sus árboles

de Navidad. Pero Kilter era un tipo silencioso, y rara vez hablaba de lo que veía en las ciudades y aldeas. Los otros estaban muy indignados.

—¡Esa gente actúa como si no desearan que sus hijos fueran hechos felices! —dijo el sensato Peter, en un tono molesto—. ¡La idea de dejar fuera a un amigo tan generoso para sus pequeños!

—Pero es mi intención hacer felices a los niños tanto si sus padres lo desean como si no —replicó Santa Claus—. Hace años, cuando comencé a hacer juguetes, los niños eran incluso más descuidados por sus padres de lo que lo son ahora; así que he aprendido a no prestar atención a los padres irreflexivos o egoístas, sino a considerar solo los anhelos de la infancia.

—Tienes razón, mi amo —dijo Nuter, el Ryl—; a muchos niños les faltaría un amigo si tú no los consideraras, y trataras de hacerlos felices.

—Entonces —declaró el risueño Wisk—, debemos abandonar cualquier pensamiento de usar estas chimeneas de nuevo estilo, y convertirnos en ladrones, y entrar por la fuerza en las casas de alguna otra manera.

—¿De qué manera? —preguntó Santa Claus.

—Vaya, las paredes de ladrillo y madera y yeso no son nada para las Hadas. Puedo pasar fácilmente a través de ellas siempre que desee, y también pueden Peter y Nuter y Kilter. ¿No es así, camaradas?

—A menudo paso a través de las paredes cuando recojo las cartas —dijo Kilter, y ese fue un discurso largo para él, y sorprendió tanto a Peter y Nuter que sus grandes ojos redondos casi se les salieron de la cabeza.

—Por lo tanto —continuó el Hada—, igual puedes llevarnos contigo en tu próximo viaje, y cuando lleguemos a una de esas casas con estufas en lugar de chimeneas distribuiremos los juguetes a los niños sin la necesidad de usar una chimenea.

—Ese me parece un buen plan —respondió Santa Claus, muy complacido de haber resuelto el problema—. Lo probaremos el año que viene.

Así fue como el Hada, el Duendecillo, el Knook y el Ryl montaron todos en el trineo con su amo la siguiente Nochebuena; y no tuvieron ningún problema en absoluto en entrar en las casas de nuevo estilo y dejar juguetes para los niños que vivían en ellas.

Y sus hábiles servicios no solo aliviaron a Santa Claus de mucha labor, sino que le permitieron completar su propio trabajo más rápidamente de lo habitual, de modo que el alegre grupo se encontró en casa con un trineo vacío una hora completa antes del amanecer.

El único inconveniente del viaje fue que el travieso Wisk persistió en hacer cosquillas a los renos con una pluma larga, para verlos saltar; y Santa Claus encontró necesario vigilarlo cada minuto y tirarle de sus largas orejas una o dos veces para hacer que se comportara.

Pero, tomado todo en conjunto, el viaje fue un gran éxito, y hasta el día de hoy la gente pequeña siempre acompaña a Santa Claus en su paseo anual y le ayuda en la distribución de sus regalos.

Pero la indiferencia de los padres, que tanto había molestado al buen Santo, no continuó mucho tiempo, y Santa Claus pronto descubrió que estaban realmente ansiosos de que visitara sus hogares en Nochebuena y dejara regalos para sus hijos.

Así que, para aligerar su tarea, que se estaba volviendo rápidamente muy difícil de verdad, el viejo Santa decidió pedir a los padres que lo ayudaran.

—Tened vuestros árboles de Navidad todos listos para mi llegada —les dijo—; y entonces podré dejar los regalos sin pérdida de tiempo, y podréis ponerlos en los árboles cuando me haya ido.

Y a otros dijo:

—Mirad que las medias de los niños estén colgadas listas para mi llegada, y entonces podré llenarlas tan rápido como un guiño.

Y a menudo, cuando los padres eran amables y de buen carácter, Santa Claus simplemente arrojaba su paquete de regalos y dejaba a los padres y madres llenar las medias después de que él se hubiera marchado disparado en su trineo.

—¡Haré a todos los padres amorosos mis diputados! —gritó el jovial viejo—, y ellos me ayudarán a hacer mi trabajo. Pues de esta manera ahorraré muchos minutos preciosos y pocos niños tendrán que ser descuidados por falta de tiempo para visitarlos.

Además de llevar los grandes paquetes en su trineo de vuelo veloz, el viejo Santa comenzó a enviar grandes montones de juguetes a las jugueterías, para que si los padres querían suministros más grandes para sus hijos pudieran conseguirlos fácilmente; y si algún niño era, por casualidad, olvidado por Santa Claus en sus rondas anuales, pudieran ir a las jugueterías y conseguir lo suficiente para hacerlos felices y contentos. Pues el amoroso amigo de los pequeños decidió que ningún niño, si él podía evitarlo, anhelaría juguetes en vano. Y las jugueterías también resultaron convenientes siempre que un niño caía enfermo y necesitaba un nuevo juguete para divertirse; y a veces, en los cumpleaños, los padres y madres van a las jugueterías y consiguen bonitos regalos para sus hijos en honor del feliz evento.

Quizás entenderéis ahora cómo, a pesar de la grandeza del mundo, Santa Claus es capaz de suministrar a todos los niños hermosos regalos. Ciertamente, el viejo caballero rara vez es visto en estos días; pero no es porque trate de mantenerse fuera de la vista, os lo aseguro. Santa Claus es el mismo amigo amoroso de los niños que en los viejos días solía jugar y retozar con ellos durante horas; y sé que le encantaría hacer lo mismo ahora, si tuviera tiempo. Pero, veis, está tan ocupado todo el año haciendo juguetes, y tan apresurado en esa única noche en que visita nuestros hogares con sus paquetes, que viene y va entre nosotros como un destello; y es casi imposible echarle un vistazo.

Y, aunque hay millones y millones más de niños en el mundo de los que solía haber, nunca se ha sabido que Santa Claus se queje de su número creciente.

—¡Cuantos más, mejor! —grita, con su risa jovial; y la única diferencia para él es el hecho de que sus pequeños trabajadores tienen que hacer volar sus dedos ocupados más rápido cada año para satisfacer las demandas de tantos pequeños.

—En todo este mundo no hay nada tan hermoso como un niño feliz —dice el buen viejo Santa Claus; y si se hiciera a su manera los niños serían todos hermosos, pues todos serían felices.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB